

# La vida de Sigmar





Autor: Matt Ralphs

Conceptos de la historia: Matt Ralphs  
& Gav Thorpe

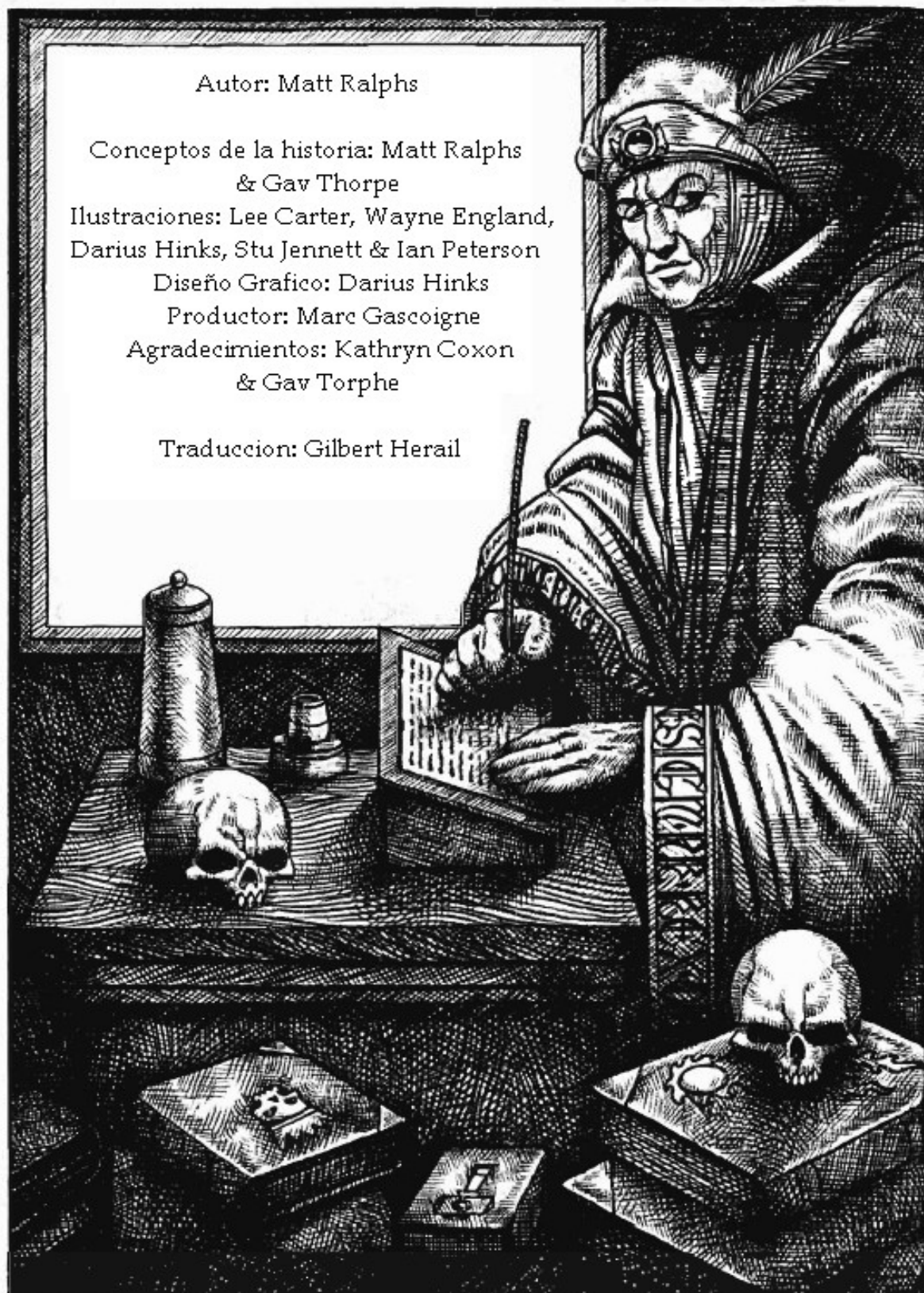
Ilustraciones: Lee Carter, Wayne England,  
Darius Hinks, Stu Jennett & Ian Peterson

Diseño Grafico: Darius Hinks

Productor: Marc Gascoigne

Agradecimientos: Kathryn Coxon  
& Gav Torphe

Traduccion: Gilbert Herail





**NACIMIENTO DE SIGMAR**

# LA VIDA DE SIGMAR

**PASO DEL  
FUEGO NEGRO**

**EL REGALO**

**SIGMAR VS  
NAGASH**

**SKARANORAK**

**SIGMAR**

# *El guerrero y la tierra*

En una época hace mucho tiempo, cuando la tierra era más salvaje de lo que es hoy y nuestro Imperio no era nada excepto el sueño de un hombre sabio, un lobo inclinó la cabeza hacia atrás y de su salvaje garganta brotó un aullido que estremeció los corazones de todos los que lo oyeron. El grito hizo eco entre los árboles, a través de valles y sobre colinas y arbustos; las estrellas temblaron y el aire tiritó. Los hombres susurraron plegarias a sus viejos dioses, pero los viejos dioses no escucharon, y los lobos se acercaron, y corriendo junto a ellos estaba la muerte.

El lobo trotó hasta el borde de la colina y observó la tierra. Sus congéneres merodeaban cerca, sus lenguas rosadas asomando por detrás de los dientes, babeando, y su aliento transformándose en vaho en el aire nocturno. En un claro de bosque más abajo vieron un grupo de chozas de paja y adobe acurrucadas juntas, como buscando calor. Salía humo de los agujeros en la paja y una luz tenue emanaba de las rudas ventanas y puertas. Las cabras balaban, tirando de sus ataduras, y los cerdos resollaban,

sus pelos erizándose. Olían el peligro y estaban asustados. Un bebé empezó a llorar.

Cuando las nubes se fueron, la luz de las dos lunas fue liberada para abatirse sobre la colina. El maligno brillo de Morrslieb, el más maldito de los cuerpos celestiales, se reflejaba amarillo en los ojos de los lobos. Estos depredadores estaban hambrientos y el olor a presa hizo que sus fuertes fauces se mostraran amenazadoras.



Con un ladrido indicó a sus congéneres que lo siguieran. Hacia la temblorosa aldea se lanzó, la cola arriba y las orejas hacia atrás. La sangre fluía rápida por sus venas, gotas de sudor eran rociadas por sus flancos como niebla gris bajo la luz

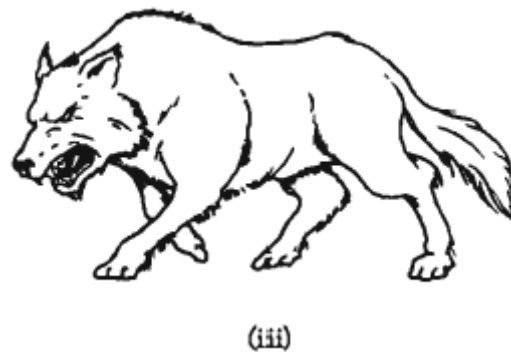
de la luna y la baba colgaba de su boca. Sus congéneres ladraron y cerraron las mandíbulas sonoramente, ya que el olor a carne fresca se sentía cálido en sus hocicos. Su paso se aceleró y el aire se llenó de rápidas pisadas al rodear un corte de árboles. Ante ellos, la aldea descansaba desnuda, y entonces los invasores se detuvieron en seco en su camino.



Un hombre se encontraba en medio del camino delante de ellos. Era muy alto, más que la mayoría de su clase, y de hombros anchos. Sujetaba un martillo de guerra de

mango largo y llevaba un pellejo de lobo sobre su espalda. Iba vestido con una desgastada armadura de bronce y su pelo estaba desordenado. Parecía tan sólido e inamovible como una montaña, tan eterno como la tierra y fuerte más allá de los límites de la carne mortal. Su cara estaba oculta detrás de un casco de hierro, el visor del cual había sido moldeado como la cabeza de un jabalí salvaje y a través de él, sus ojos brillaban intensamente en la oscuridad. El jefe lobo trotó nerviosamente de lado a lado, olfateando y gruñendo. Ladró lastimosamente con la cabeza gacha. Detrás de él sus congéneres gimieron y huyeron hacia la noche. El macho dio marcha atrás y con un último vistazo dio la vuelta y corrió tras ellos. Un viento fresco sopló, haciendo susurrar las hojas, que parecieron suspirar con alivio. En la aldea, los aldeanos se durmieron, los animales se tranquilizaron y el bebé se calló.

El guerrero subió la colina y mientras sus ojos recorrían la tierra, cayó el silencio. Las tierras de los hombres estaban a salvo, pues esa noche Sigmar velaba por ellos.



# *El nacimiento de Sigmar*

Ocurrió que el Rey Björn, caudillo de la tribu Unberogen, siendo un hombre de considerable virilidad y pasión, concibió un niño con su atractiva mujer Griselda, poco después de haberse unido en matrimonio. Mientras la gente rezaba y hacía sacrificios a los dioses para que les nacieran descendientes saludables, el vientre de Griselda crecía redondo con una nueva vida. A menudo caminaba por la aldea y hablaba con sus súbditos – ya que era una mujer compasiva y muy querida – y agradecía las bendiciones que colmaban sobre ella, fueran regalos de comida o ropa, o sólo una amable palabra y una promesa de ofrecer una plegaria a la piadosa Shallya.

El Rey Björn ordenaba realizar banquetes en honor a su mujer y futuro hijo y había mucha fiesta, pero era escrupuloso en sus tratos con los dioses, ofreciendo sacrificios en sus altares. Toda la gente era consciente de que un niño era esencial para asegurar la continuación del linaje de su Rey; un hombre que no podía producir descendencia se consideraba débil y no apto para ser jefe.

Pasaron semanas y el entusiasmo

crecía. Los ancianos de la aldea se reunieron para discutir finalmente los signos y presagios que habían presenciado.

- El día del Solsticio de Verano - dijo uno - oí al gallo cacarear tres veces mientras el sol se ponía por el horizonte y llovió antes del mediodía.

Esto conllevó asentimientos de aprobación con la cabeza, pues ése era un buen signo.

- Ayer por la mañana - dijo otro - vi un cuervo posarse sobre una rama, brincar de una pata a la otra, y entonces volar hacia el este. Es un buen presagio.

Todos los reunidos estuvieron de acuerdo con esto.

- Ciertamente - dijo otro -. Yo mismo vi, el primer día de este mes, a un cuco empujar un huevo de un nido y mirar cómo caía al suelo. Pero no se rompió y cuando fui allí al día siguiente, el polluelo había roto el cascarón y ya no estaba.

Esto produjo exclamaciones de sorpresa, porque era un signo espléndido.

- En la noche de la bendita concepción, cuando la vitalidad de nuestro jefe se levantó y la feminidad de su mujer alcanzó el clímax, vi no menos de tres estrellas cruzar el cielo nocturno por encima





(Plate I)

de su casa – dijo otro.

Si alguno de los allí reunidos se preguntaron qué hacía este hombre cerca del dormitorio del jefe a esas horas de la noche, nadie lo formuló en voz alta.

Otro hombre dio un paso hacia delante y los demás gruñeron, pues era conocido no solo por su garrulería y vulgar forma de hablar, sino también por su hábito de embellecer la verdad con fantasía. Era una opinión general que el Rey Björn solo lo mantenía en su consejo porque sus largas historias y grandilocuente oratoria le divertían mucho.

- Hace dos días - dijo -, estaba caminando por el bosque cuando empezó a llover. ¡Pero llovió del suelo hacia arriba y los pájaros volaban por encima haciendo la forma de un pez, pero volaban hacia atrás! Hablaron conmigo de la manera más eufórica cuando me sobrevolaban, diciendo que el niño será digno de alabanza y dirigirá a su gente hacia muchas victorias. ¿No es esa una buena y poderosa señal?

- Es un algo poderoso - murmuró un hombre.

Y así siguió. Todos los signos discutidos, estuvieron de acuerdo, eran buenos. Pero un hombre mantuvo su propio consejo: el viejo Drego, el más anciano y el más sabio, sacudió su cabeza y fue a ver a Björn, pues su corazón estaba inquieto.

- Señor - dijo -, deseo destripar la liebre esta noche.

- ¿Esta noche, Drego? - dijo Björn, perplejo - Normalmente no realizamos este ritual hasta el parto.

- Lo sé, mi Señor, pero debo insistir.

Björn accedió, pues confiaba en Drego por encima de todos sus consejeros.

Trajeron una liebre viva a Drego. La sujetó por el cuello y hundió un cuchillo en su tripa. Mientras el animal forcejeaba, él estrujaba y observaba atentamente como sus tripas se esparcían sobre la mesa. Apartó a un lado la liebre y escudriñó las calientes vísceras.

- ¿Bien, que ves, anciano? - dijo Björn.

Drego palideció y habló en susurros.

- Los signos son muy succulentos. Mi Señor, cuando tu mujer esté de parto, tanto ella como el bebé morirán seguro. Debemos partir de inmediato y adentrarnos en los neblinosos pantanos de Brackenwalsch y buscar a la Anciana Madre. Sólo ella tiene el conocimiento necesario para salvarlos.

Björn estaba de lo más confuso e hizo lo que Drego había dicho. Partieron esa misma noche, con Griselda tumbada en un carro





cubierto y Drego sentado a su lado. Alrededor del carro iba la guardia montada del jefe, comprendida por una docena de hombres.

Cuando llegaron a las ciénagas del Brackenwalsch, abandonaron el carro porque el suelo era demasiado pantanoso. Había muy pocos caminos seguros en el Brackenwalsch.

- La Anciana Madre vive en medio de la ciénaga, al lado del único árbol que crece en este desolado lugar - dijo Drego, señalando hacia el este -. Allí practica sus artes. Tendremos que darle regalos antes de que nos ayude.

- Puede tener todo lo que poseo, para salvar a mi doncella e hijo - dijo Björn.

El grupo se adentro en las pérfidias tierras baldías. Griselda se subió a un pony sin murmurar una sola queja. Björn montaba a su lado y no paraba de observarla.

Normalmente, nadie se aventuraba en el Brackenwalsch, ya que era un lugar de miedo y cosas oscuras y algunos decían que criaturas sin



(ii)

nombre se revolcaban en las asquerosas charcas y extraños gritos se oían por el aire. Los mosquitos volaban sobre oscuros pantanos y los hombres no paraban de darse manotadas en los brazos, piernas y caras. Los caballos lo llevaban mal, pero eran de una raza robusta y aguantaban la situación sin quejarse.

Hacia delante avanzaron, adentrándose en ese aterrador lugar. Björn puso una reconfortante mano sobre el hombro de Griselda y ella escondió su miedo bajo una sonrisa. Se decía que los scrianii habían huido allí después de la gran purga de Redmane Dragor, treinta años antes. Los hombres miraban a su alrededor, alerta a cualquier movimiento o sonido. Se hizo de noche.

Bajó la temperatura. Nieblas gélidas se formaban de las ciénagas, fluyendo como espectros a través de las cañas, haciendo las ropas pesadas por la humedad.

- Manteneos en el camino - dijo Drego -. Estamos cerca del final del viaje.

Griselda soltó un grito y se agarró el vientre.

- Marido, nuestro bebé viene. Puedo sentirlo despertándose dentro de mi. Tenemos que darnos prisa!

Björn se bajó de su caballo y montó detrás de su esposa, tomando las riendas con una mano y rodeando su estomago con la otra.

- Vamos, debemos ir raudos a buscar a la Anciana Madre - dijo.

Galoparon a través de las ciénagas, los caballos chapoteando y tropezándose por el suelo blando,

con el barro salpicando sus ijadas. Björn mantenía agarrada a su mujer y podía sentir su dolor y miedo como si fueran un solo cuerpo. Finalmente, los juncos a ambos lados se entresacaron. Subieron a una colina y el suelo debajo suyo se volvió firme. Arriba de la colina había un viejo y desnudo árbol, doblado como un dedo indicando que se acercaran.

Los caminos llevaban al mismísimo infierno. Al dejar atrás las verdes colinas y bosques de su tierra, el mundo a su alrededor cambió. El terreno era completamente llano, pero era imposible ver lejos en cualquier dirección. Pálidos juncos y espadañas recubrían las orillas de lodosos charcos, meciéndose en la cálida brisa. Los caminos que el grupo seguía serpenteaban a través de anchos lagos de salobre y traicioneras extensiones pantanosas. El cielo bajo era gris y opresivo.

- Ah, esta es la morada de la Anciana Madre - gritó Drego.

Fue el primero en alcanzar la cima y miró alrededor. Un burdo refugio de madera y tela estaba construido al pie del tronco del árbol, pero estaba vacío. Drego vio un caldero colgando de un asador y miró dentro. Estaba vacío, excepto unas gachas con ronchas de grasa amarilla flotando en la superficie. Drego se sobresaltó cuando vio un brillante ojo azul observándole desde el fluido. Se le hundió el corazón al percatarse de huesos masticados esparcidos por el fuego: huesos humanos.

- Huelo orcos - le dijo a Björn -.

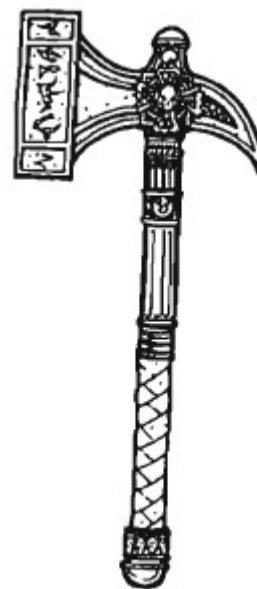
Hirvieron a la Anciana Madre en su propia cazuela, por lo que parece.

La desesperación les inundó, haber llegado tan lejos solo para ser defraudados al final era realmente fastidioso. Griselda gimió y el niño se movió impacientemente dentro de ella.

- Drego - dijo Björn -. Tendrás que asistir al parto del niño tú mismo.

- Haré lo que pueda. Atadla al árbol para ayudar al nacimiento. Colocad una capa por encima de sus hombros y encended el fuego.

La noche llegó silenciosamente, pero la paz era interrumpida por los gritos de Griselda. Su pálido rostro estaba contraído y sus piernas estaban manchadas de sangre. Drego la atendía tan bien como podía.



(iii)

Un grito alertó a Björn y uno de sus guardaespaldas se acercó.

- Señor, puedo ver movimiento en los pantanos.

- Muéstramelo - ordenó Björn.

Fueron al borde de la colina y bajaron la mirada al pantano. Un gran numero de oscuras formas se estaban haciendo camino a través de la niebla, acercándose hacia ellos.

- Parecen orcos, señor.

- Orcos - Björn se quejó -. Estas viles criaturas han sido atraídas otra vez aquí por los gritos de Griselda y el olor a sangre, malditos sean. Los dioses nos desaprueban hoy. ¿Terminará mi linaje esta noche? ¡A las armas, mis hombres, nos atacan!

Las espadas fueron desenfundadas de sus vainas y las hachas preparadas. Algunos de los hombres dispararon flechas, pero estaba demasiado oscuro para apuntar bien. Los hombres rodearon el árbol, de cara hacia fuera. Todos estaban dispuestos a dar sus vidas por Griselda y el niño. Björn se colocó delante de su esposa, su hacha de guerra de doble hoja en ambas manos. Podían oír gruñidos y oler a excrementos y a carne putrefacta.

Una veintena de orcos surgió de la niebla desde todas partes, resoplando y rechinando los dientes. Con rugidos guturales se abalanzaron hacia delante, agitando las rebanadoras y blandiendo lanzas cortas. Los Unberogens se prepararon para el impacto y cuando los orcos chocaron contra ellos, se tambalearon hacia atrás, escudos en alto. Gritos de guerra mezclados con bramidos orcos, el aire se llenó con el sonido del metal chocando contra metal.

Björn luchó como un poseído,

teniendo en cuenta únicamente la protección de su esposa. El orco más grande, una gran bestia con colmillos amarillos y una marchita mano humana colgando de cada uno de los lóbulos de las orejas, lo hacían resaltar. Rugió y su apestoso aliento hizo que a Björn le vinieran arcadas; solamente consiguió agacharse y esquivar por debajo el movimiento circular del martillo, sintiendo como rozaba su cabeza a un pelo de distancia.

Björn vio que el orco había perdido el equilibrio y arremetió con el puntiagudo mango de su hacha. La piel del orco rechazó el golpe pero cayó al suelo, soltando su arma. Al colocarse Björn a su lado, con el arma levantada, el orco atacó con sus garras. Éstas se clavaron profundamente en el muslo de Björn y él cayó. El dolor lo consumió y su visión se apagó.

Todo se ralentizó. Vio a sus hombres batallando a su alrededor: un piel verde aplastando el cráneo de un hombre con sus manos en una ducha de sangre, dos hombres descuartizando a un orco de piel pálida con sus espadas, su capitán de caza buscando su brazo mutilado justo antes de que un orco lo atravesase con una lanza. Y en el centro de esta confusión, su esposa, con los ojos abiertos de par en par por el miedo. Drego estaba tumbado boca arriba delante de ella, con los brazos por encima de su cabeza. Un orco aullante se alzaba sobre Drego. Tiró de su rebanadora y abrió en canal la tripa de Drego, cuyos intestinos cayeron al suelo. Una

imagen de la liebre sacrificada le vino a Björn a la cabeza. Con su horripilante tarea hecha, el orco se giro hacia Griselda. Björn luchó por levantarse, el miedo apoderándose de su corazón, pero antes de que pudiera ir donde su esposa, oyó un gruñido.

Colmilloamarillo se puso delante de Björn, sus ojos escarlata llenos de furia. Hombre y orco, los más odiados enemigos, se lanzaron el uno contra el otro, armas en alto. En el último momento Björn bajo su hacha y se agachó por debajo del arco que describió el arma del orco. Desenfundó su larga daga de la vaina que llevaba en la cadera en un simple movimiento y la hundió hasta el fondo en el cuello de la criatura al pasar como un rayo. La bestia gargareo en su propia sangre, entonces cayó al suelo.

Al ver morir a su caudillo, los demás orcos huyeron, bajando por la colina, perseguidos por los hombres vengativos. Björn corrió hacia su esposa. El orco que la había amenazado yacía muerto en el suelo con un cuchillo clavado en el pecho.

Desplomado sobre el cadáver estaba el viejo Drego, sus delgadas manos todavía agarrando la empuñadura.

La batalla había sido ganada, pero

los Unberogens habían pagado un alto precio. Drego y siete de los hombres estaban muertos. Griselda colgaba inerte de las ataduras, su pelo mojado cayendo sobre un rostro sin vida.

Björn lloró, abrazando su cuerpo. Algo a sus pies se movió, y un llanto rompió la noche.

Revolcado en la sangre de humano y orco había un bebé. Su cabeza estaba cubierta por una mata de grueso pelo negro y descansaba sobre la placenta.

Encima, un gran cometa arrastrando dos colas de llamas surcó el cielo, anunciando el nacimiento de Sigmar, aquel que llegó al mundo con el sonido de la batalla en sus oídos y el tacto de sangre de orco sobre su piel.





# *El martillo y la colina*

Había un tiempo en que el Imperio, tal y como lo conocemos ahora, no existía. Ahora construimos ciudades amuralladas con altas torres, unidas por ríos y caminos. El hombre ha restaurado el orden en todos los estados, y ha construido grandes fábricas y forjas. Pero hace dos mil años, ésta misma tierra estaba bajo una gran sombra. Había bosques antiguos llenos de bestias y mutantes, pantanos traidores habitados por indomables scrianni, una tribu de pieles cetrinas con los ojos inyectados en sangre. La gente temblaba en sus chozas y vivía con miedo.

Los hombres de entonces no estaban unidos bajo el mando de un Emperador. En aquellos tiempos, los hombres de cada tribu elegían a un jefe, y no hacían caso a los de otras tribus. Los jefes se mataban entre ellos por la supremacía. Las tribus dispersadas vivieron como mejor podían y estaban constantemente en guerra. En esa época los niños y niñas que nacían, normalmente no alcanzaban los dos veranos de vida.

Era esta la época en que Sigmar nació.

Sigmar era el único hijo del jefe de

la tribu Umberogen, el Rey Björn, quien gobernó el lugar que ahora se llama Reikland. Los Unberogens eran una tribu orgullosa de guerreros feroces, acosados por todos los lados por otras facciones poderosas.

Un verano, el día de su décimo cumpleaños, Sigmar estaba combatiendo con su mejor amigo, Wolfgart, en el mercado del pueblo. Wolfgart era tres veranos más mayor que Sigmar y mucho más fuerte, pero Sigmar luchó con el de todos modos.

Ese día, Sigmar decidió no usar su espada. Se coló en la herrería y cogió un martillo. "Con esto le venceré", pensó Sigmar. En la pequeña plaza del mercado, los comerciantes comenzaron a colocar sus puestos, mientras los muchachos luchaban. Se insultaban el uno al otro de broma mientras balanceaban sus armas: Sigmar con su martillo, que era demasiado pesado para él, y Wolfgart con su espada, parando los golpes con un escudo de madera. - ¡Balancea tu martillo de juguete todo lo que quieras, Sigmar, aun no has visto lo mejor de mí! - alardeó Wolfgart, esquivando la salvaje oscilación del arma de su rival. Sigmar tropezó y Wolfgart le dió

una patada que lo lanzó de cara al barro. Wolfgart levantó su peluda cabeza y rió a carcajadas.

Los ciudadanos se reunieron alrededor, riendo en silencio y sacudiendo sus cabezas.

- El joven Sigmar ha mordido más de lo que puede masticar, otra vez - dijeron ellos, mientras Sigmar se quitaba el fango de los ojos.

Sigmar vio a Wolfgart riéndose de él, y le hirvió la sangre en las venas. Levantó el martillo por encima de su cabeza con ambas manos y, con un rugido, se lanzó a por Wolfgart. Sigmar golpeó al muchacho con fuerza en el codo y su amigo gritó, cayendo de rodillas y agárrandose el brazo. Un trozo blanco de hueso manchado de sangre sobresalía entre los ensangrentados dedos del chico.

Con los gritos de dolor de Wolfgart, la rabia de Sigmar desapareció como la niebla derrotada por el sol. Parpadeó para que le cayeran las lagrimas de remordimiento que le nublaban la vista y se arrodilló al lado de su amigo, con un brazo alrededor de su hombro. Los aldeanos se separaron cuando el padre de Sigmar anduvo entre la muchedumbre.

- Lleva a Wolfgart al boticario - él dijo - y tu, hijo, tu vendrás conmigo.



(1)

Condujo a Sigmar hacia la Colina del Guerrero, donde los hombres de la tribu Unberogen descansan tras su muerte. Björn miró a su hijo.

- La cólera es un sentimiento humano, pero para convertirse en un gran líder debes aprender a dominarlo. Hoy has sucumbido a la rabia y lo expresaste hiriendo a tu amigo. Te estás haciendo fuerte, pero aún tienes que crecer. Aprende a dirigir tu fuerza por el bien de tu gente, no para su mal -posó una nudosa mano sobre el hombro de Sigmar -. Hoy andarás entre los túmulos funerarios y escucharás los susurros de los que descansan en el Reino de Morr. Hoy es tu día del Destino y le debes ofrecer un sacrificio - Le dio un bolso de cuero a Sigmar y con cuidado lo empujó para que siguiera el camino.

Sigmar subió la colina y cuando llegó a lo alto, oyó a su padre gritar: "¡Escúchales, muchacho! ¡Escucha a los muertos y aprende a forjar tu futuro como rey!"

Sigmar se echo la piel de oso alrededor de los hombros, ya que comenzaba a hacer frío. Un temblor le recorrió la espina dorsal; empezó a oír murmullos, que no salían de ningún lado. Paseó entre los túmulos, escuchando las palabras de la historia sangrienta de su tribu, representada en cada tumba.

Sigmar paró entre las dos tumbas más grandes. A su izquierda descansaba su tío Berongundan, que fue asesinado por una arpía en las Montañas Centrales. A la derecha estaba su abuelo, conocido como El Terror de Bronce, Redmane Dregor,

que murió sobre un montón de orcos, abatido por trece flechas. La pesada roca había sido apartada de la entrada de su tumba y un humo fragante salía desde dentro. Sigmar entró.

El estrecho y bajo túnel se acabó y Sigmar tuvo que pararse en una postura de respeto. Pasó bajo un dintel de piedra que había en la cámara funeraria. Antorchas ardientes chisporroteaban en las paredes y las sombras parecían bailar como locas. En el centro de la cámara estaba la tumba de Redmane. Unas losas de piedra habían sido colocadas alrededor de la cámara y en ellas habían sido talladas las imágenes de la vida de

Redmane: su nacimiento, sus muchas victorias en batalla y su gloriosa muerte.

Sobre la cima de piedras, se encontraban los huesos de Redmane. Habían sido vestidos con la armadura de bronce que usó en vida y rodeados por armas y tesoros. A sus pies había un gran plato en el que ardían carbón e hierbas. Sigmar se arrodilló, abrió el bolso, sacó el corazón de un toro y lo colocó en el plato.

El humo negro llenó la estancia. Sigmar susurro una plegaria a Morr para que aceptara el corazón del toro, en vez del suyo propio. Una vez concluido el ritual, cogió una antorcha y abandonó la cámara.



No había ninguna luz en el túnel de regreso, y cuando llegó al final, se le contrajo el corazón al comprender que habían cerrado la tumba con él dentro. ¿Quién podría haber hecho tal cosa? ¿Los dioses? ¿Sus enemigos? Empujó la piedra con todas sus fuerzas y pidió socorro a voces, pero la roca no se movió una pulgada y no había ninguna respuesta a sus ruegos. La antorcha se apagó y la sombra se posó sobre él. ¿Sería su destino morir en la oscuridad? Sigmar se arrodilló y rezó fervientemente a todos los dioses. No oyó ninguna respuesta, entonces se dirigió de nuevo a Ulric, señor del invierno.

- Ulric, señor de la caza, el amo del lobo, dame tu fuerza y te demostraré que soy digno de ella. Haré lo que me pidas, pero no me dejes morir sepultado.

Una ráfaga de viento le rozo la cara, y se asustó. Colocó las manos en la roca y empujó con toda su fuerza. Sus músculos se tensaron, el sudor resbalaba por su frente y su corazón latía con violencia, bombeando sangre a sus músculos. Despacio, la roca comenzó a moverse. Los rayos de luz del sol se colaron por los bordes de la entrada y Sigmar empujó con el hombro. Al final la roca cedió y Sigmar sintió el sol sobre su cara una vez más.

Caminó lejos de la tumba mientras dirigía unas palabras de agradecimiento a Ulric. Cuando alcanzó la cima de la colina, tuvo que protegerse con la mano del sol.

Vio con claridad el reino de su padre extendido ante él. Vio bosques oscuros y dispersos pueblos. El humo de los fuegos,

encendidos en alguna choza, se alzaba tras las raquíticas empalizadas de los asentamientos.

Sigmar vio la debilidad y la incertidumbre de los hombres. Se agruparon juntos, siempre con miedo, siempre vulnerables. Los pueblos parecían islas en medio de un mar negro, cargado de enemigos. Vio la naturaleza dispar de los hombres, la debilidad inherente nacida para los celos, la ambición y la desconfianza. Recordó la rabia que sintió y recordó la grieta que le hizo a Wolfgart en el brazo con la furia de su asalto. En aquel acto vio el destino de la humanidad. Con la voz de los fantasmas de sus antepasados, que susurraban en sus oídos, Sigmar supo lo que tenía que hacer.

Sigmar afrontó su destino sin vacilación: unir a las tribus y forjar un Imperio de hombres. En aquel día, el Heldenhammer había nacido.





# *Sigmar y el jabalí Colmillonegro*

El Rey Björn era un hombre sabio que estudió la historia de su gente y sabía que el pasado podía enseñarles a no caer en los mismos errores. Muchas veces Sigmar se sentó a sus pies, embelesado por los cuentos de bestias terribles y de viejos héroes. Uno de los cuentos era el del jabalí Colmillonegro.

En una fría noche de Ulriczeit, con el viento azotando las ventanas y un golpeteo continuado de la puerta, Sigmar se empapaba de cada palabra de su padre.

- Dime, hijo, ¿qué hicimos cuando trajimos al jabalí de nuevo al Gran Salón después de la caza? - le preguntó su padre.

- Cogimos las mejores tajadas y se las ofrecimos a Taal para darle gracias por la abundancia - dijo Sigmar.

Su padre asintió.

- Bien, chico. Debemos recordar siempre a los dioses, porque son ellos los que nos dan nuestros alimentos. Tenemos que dar gracias por cada cosecha madura, por cada éxito en la caza y por la victoria en cada batalla. ¡Ay de aquellos que se olviden de los dioses! - se apoyó en su silla y cerró los ojos, atusándose el bigote como hacía cuando trataba

de concentrarse.

- En una noche de hace cincuenta años - Björn continuó - mi abuelo, Sweyn Oakheart, encabezó una cacería en la parte oeste del bosque de Reikdorf, cerca del río Skien. Cazaron durante todo el día, y Taal estuvo con ellos. Esa noche los aldeanos festejaron, la cerveza corrió a raudales, como la lluvia en primavera y el olor de carne asada envolvía el valle. Jabalíes, faisanes, conejos y cerdos fueron devorados. Ah, se trataba de una noche de alegría y despreocupación - suspiró, como si reviviese una época pasada y, a continuación, se volvió a su hijo -. Pero se emborracharon tanto que quedaron dormidos. No se ofreció el sacrificio a Taal, no le dieron las gracias por los bienes que les habían concedido. Necios. Ese fue su error - Se sentó de nuevo en su silla -. Esa noche, las colinas y los valles se inundaron de agua. Los rayos destellaban y el aire, lleno de rabia, tronaba sin cesar. La lluvia azotó la tierra y ahogó los cultivos. La tormenta se detuvo después de tres días, y cuando los aldeanos salieron de sus chozas, vieron que toda la comida se había podrido. Los gusanos pastaban en la carne de los animales. El jefe de la tribu, en ese momento Redmane Dregor, ordenó a Sweyn llevar a cabo otra

caza en el bosque para adquirir más animales para sacrificarlos, con el fin de calmar la ira de los dioses. Estuvieron fuera dos días. El hambre comenzó a dominar a los aldeanos. En el tercer día, Sweyn regresó solo. Tenía un agujero en la tripa, que había rellenado con hojas para evitar que se le cayeran las tripas. Dijo que se lo había hecho un jabalí, tan grande como un pony, que se encontró con sus hombres, y les mato. Tenía la ira de los dioses en sus ojos, y la venganza en sus colmillos. Murió poco después, desangrado.

A Björn se le contrajo la cara en una mueca y la cicatriz que recorría su mejilla parecía una fisura en una montaña. Sigmar empezó a sentir somnolencia. El olor de la grasa de jabalí y el humo le inducían a dormir, pero antes de que el sueño le dominara, oyó hablar a su padre.

- Colmillonegro, como se le conoce, todavía vaga por el río Skien, un recordatorio constante para nosotros de que los dioses deben ser honrados.

Sigmar se durmió y en sus sueños vio a Colmillonegro, con sus rojos y feroces ojos mirándole fijamente.

Al día siguiente se reunieron Sigmar y Wolfgart, su mejor amigo.

- Hoy vamos de pesca - dijo -. Ya tengo preparadas las cañas y la red.

- ¿Dónde vamos a pescar? - pregunto Wolfgart.

- Vamos a río Skien - dijo Sigmar.

- ¡Pero ahí es por donde deambula Colmillonegro! - dijo Wolfgart - No hay peces por ahí.

- Exacto - dijo Sigmar.

Comenzaron a caminar hacia el vado del río Skien. Cuando llegaron, se sentaron cerca de la orilla y deshicieron los bultos.

- Dicen que Colmillonegro es tan grande como un caballo... - decía Wolfgart - He oído decir que es tan grande como un toro.

- Mi padre dice que su mirada puede matar a un hombre - se mofó Sigmar.

- Creo que deberíamos ir a casa - sugirió Wolfgart.

- ¡Quieto! - Wolfgart se asustó ante el grito de su amigo - Eres peor que mi madre, todo el día preocupada. Es sólo un cuento para asustar a los niños y que sin duda ha hecho un buen trabajo contigo.

Sigmar sonrió a su amigo; nadie podía cuestionar el valor de Wolfgart. Pero su amigo estaba equivocado.



El sol se elevó hacia el cielo y sus rayos bailaban alegremente en el agua. Los peces destellaban con colores de plata. Se estaban divirtiendo en su excursión y después de un rato, los chicos se olvidaron de Colmillonegro. Reían y bromeaban, y Wolfgart felicitó a Sigmar cuando pescó un pez con la lanza.

Wolfgart estaba muy cerca de la orilla. Esperaba, con la lanza en alto, a que pasara un pez desprevenido para cazarlo. Una sombra cruzó su semblante, y el miedo se reflejó en sus ojos. Se le cayó la lanza y perdió el equilibrio, y cayó en medio del río con un sonoro chapoteo.

Al otro lado de la orilla, a pocos metros, se hallaba un jabalí, un jabalí gigante, el mismísimo Colmillonegro. Sus patas delanteras, tan gruesas como troncos de árboles jóvenes, escarbaban con ira. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y toda su espalda estaba cubierta por una cresta de pelo negro y duro, al igual que el pelaje que le cubría el cuerpo, salvo por unas manchas más oscuras, de lo que parecía ser sangre seca. Dos colmillos enormes le adornaban el hocico rosado. Las babas colgaban de su morro y un denso vapor salía de sus fosas nasales. Dos ojos de color rojo encendido miraron a los aterrorizados niños.

El valor y el coraje de los muchachos cayó de repente, y el chico intentó salir del agua, gritando y pidiendo ayuda a los dioses.

Colmillonegro se lanzó al río, provocando una enorme explosión de agua.

Sigmar se plantó delante de la bestia. Colmillonegro bajó la cabeza y dispuso sus colmillos, dispuestos para destripar. Sigmar levantó la mano y señaló a Colmillonegro directamente al ojo.

- ¡Sigmar! - gritó Wolfgart - ¡Por el amor de Taal, corre!

Sin embargo, Sigmar no escuchaba. Colmillonegro cargó. Estaba ya muy cerca de él. Colmillonegro se tambaleó un poco cuando se detuvo. Su hocico estaba muy cerca de la mano de Sigmar. La bestia ladeó la cabeza cuando Sigmar le habló.



(ii)

Sigmar tocó a Colmillonegro en el hocico y luego movió su mano para ponerla alrededor de la cabeza, hasta que su brazo rodeó su cuello. Puso su otra mano detrás de la oreja. Todo el tiempo le hablaba suavemente, mientras le acariciaba el morro y le rascaba detrás de la oreja.

Mientras pasaba la mano por el flanco derecho del animal, notó un bulto húmedo. Algo sobresalía de su

carne, Sigmar agarró con fuerza y tiró de él. Colmillonegro dio un gruñido y más tarde un alarido de dolor y, un momento después, con una cabezada a Sigmar, se dio la vuelta y se ocultó entre los árboles.



(iii)

Sigmar le enseñó a Wolfgart lo que tenía en la mano. Se trataba de una punta de lanza rota, cubierta de sangre.

- Esto es lo que hizo que la bestia estuviera tan furiosa. Sweyn intentó cazarlo en su día y desde entonces ha tratado de vengarse de los que le han causado tanto dolor.

- Pero, ¿por qué es tan grande? - pregunto Wolfgart.

- No lo se. Puede que los dioses le hayan hecho así como castigo, o como advertencia. Hay mucho que

no sabemos en este mundo. - Sigmar se encogió de hombros.

- Seguro que ahora estará deseoso de pegarte una buena paliza por desobedecer sus órdenes, o de organizar una fiesta para honrar su valentía - Wolfgart rió. - Si te soy sincero, amigo, nunca dejarás de sorprenderme.

Así, los muchachos emprendieron el camino a casa, deseosos de contar lo que había sucedido en el río. Sigmar miró por última vez en el bosque donde Colmillonegro había desaparecido y luego siguió a su amigo de vuelta a la aldea.



(iv)



# *La Batalla del Puente de Astofen*

Durante el primer día del décimo quinto cumpleaños de Sigmar, su padre le llamó para comparecer ante el consejo en el Gran Salón. Era una tradición en la tribu Unberogen que un muchacho ganara su escudo en la batalla cuando alcanzaba la virilidad.

Había muchos enemigos, ya que por las tierras pululaban bandoleros, asesinos, pieles verdes, hombres bestia y otras criaturas sin nombre. La paz pendía de un hilo y era el trabajo del jefe asegurarse de que el peligro era mantenido a raya. El hijo del jefe debía someterse a una prueba, en la que debía demostrar que era valiente y capaz de ostentar el mando. Sigmar había estado esperando ese día desde que era pequeño. Y cuando estuvo ante el consejo, pidió permiso para poder ganarse el escudo.

- Padre, señores consejeros - dijo Sigmar con voz alta y clara - he alcanzado la virilidad y quiero que me concedáis el honor de conducir a nuestros guerreros a la batalla, ganarme el escudo y así el respeto de mi gente, para que cuando Morr venga a por mi padre, yo pueda

continuar su camino.

El Rey Björn enseñó a su hijo un escudo redondo, cubierto de tachuelas de cobre y forrado de cuero. Era verde, con el dibujo de un jabalí. Sigmar sonrió al ver el diseño, ya que el jabalí representaba a Colmillonegro, y aun recordaba los acontecimientos del año pasado.

- Mañana saldrás con la mitad de los guerreros de la ciudad - dijo su padre -. Viaja al sur, puesto que nos hemos enterado de que nuestra gente esta acosada por un salvaje señor de la guerra orco. Parece ser que se llama Grimgut Rompehuesos, que Ulric le desgarre los huesos, y hace poco que bajó de las montañas. Te ordeno que liberes nuestra tierra de ese látigo - Björn abrazó a su hijo -. Vuelve con tu escudo, o sobre él - le susurró.

Esa noche, los hombres festejaron. Largas mesas fueron instaladas en el Gran Salón y los guerreros que debían de ponerse al mando de Sigmar al día siguiente se sentaron en unos bancos bajos, riendo y bebiendo. En la mesa había montones de comida: cerdo asado cubierto de miel, jabalí con romero, grandes cuencos de frutas y litros y litros de cerveza. Sigmar, sentado en



(Plate II)

la cabecera de la mesa, reía y bromeaba con las muchachas que servían la mesa, que intentaban acaparar toda su atención, mientras reían con risitas tontas.

Björn miró a su hijo y se llenó de orgullo. Sabía que en el fondo, bajo su máscara de alegría y despreocupación, el miedo se le revolvía en el estómago, lo mismo que él había sentido la primera vez que fue a la batalla, durante su décimo quinto cumpleaños. No era un miedo a morir lo que sentía, sino el miedo a la derrota. Ese miedo tendría que ser eliminado.

Wolfgart cabalgaba a su izquierda. Llevaba el martillo de guerra sobre el hombro y sus ojos brillaban como estrellas. A su derecha cabalgaba su portaestandarte. Era uno de los guerreros más feroces de la tribu y su nombre era Pendrag. Tenía el pelo largo y rojo como el sol de poniente y en una mano sostenía el estandarte de Sigmar; el signo del jabalí ondeaba alegremente por el viento. Había sido cosido por las mujeres de la tribu y aún tenía que ser manchado con la sangre del enemigo.

Detrás de ellos iba el resto del ejército. Trescientos guerreros marchaban en columna, con sus largas lanzas apuntando hacia el cielo. Sus ojos miraban hacia el horizonte, como si esperasen ver aparecer al enemigo en cualquier momento. La partida de guerra siguió el camino del sur, paralelo al río Reik.

Poco a poco dejaron de lado las tierras de cultivo, y se adentraron en la espesura. La vida en el bosque era

dura y los que vivían en él, eran acosados por criaturas mutantes, por lo que las gentes aprendieron a mantenerse en sus pueblos amurallados una vez entrada la noche. Los campesinos salían de sus chozas cuando el estruendo del ejército pasaba cerca, pero la bienvenida no era cálida, ya que los hombres no confiaban los unos en los otros, incluso dentro de las tierras de los Unberogens.



(i)

Después de varios días de marcha, el río se bifurcó y siguieron la corriente del oeste. El río se hizo más amplio y los árboles comenzaron a separarse. Ante ellos se extendía una extensa llanura de campos verdes de diferentes tonalidades. Se habían acercado mucho a las Montañas Grises, y casi podían notar su fría sombra desde la posición que ocupaban.

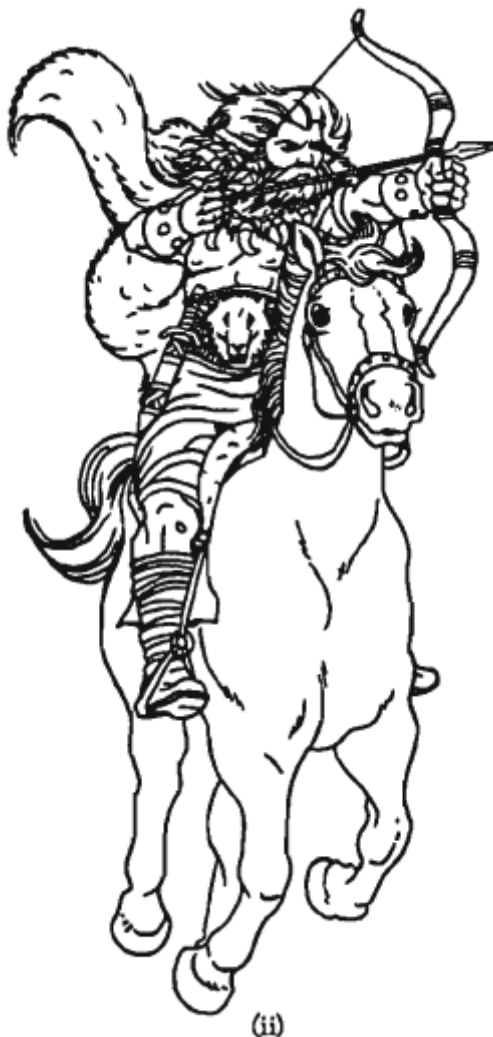
Sigmar y Wolfgart salieron del bosque juntos. Era la primera vez que iban tan al sur, y también era la primera vez que veían una llanura tan vasta, ya que estaban acostumbrados a la vista del bosque cercano a Reikdorf.

- Nunca habría pensado que el mundo era tan grande - dijo Sigmar.  
- Muy grande, amigo. Tu padre ha viajado hasta las fronteras de nuestra tierra y más allá, buscando aliados.

Sigmar exhaló una bocanada de aire limpio y acarició el cuello de su caballo.

- ¡Ahora iremos al galope - dijo Sigmar mientras miraba a sus hombres - hasta aquellos valles, y ahí descansaremos un rato!

Sigmar espoléó a su caballo y los hombres le siguieron. El sol brillaba sobre su armadura y el aire se llenó del atronador sonido de cascos.



Cuando alcanzaron una curva del río, se pararon y desmontaron para dejar beber a sus caballos de las cristalinas aguas. Sigmar ordenó un consejo y preguntó a sus oficiales lo que debían hacer a partir de entonces. Pendrag habló primero.

- Los rumores dicen que Grimgut Rompehuesos aterroriza los asentamientos de esta tierra. La ciudad más grande de por aquí es Astofen y esta a unas treinta leguas al oeste - señaló hacia el pico más grande en las Montañas Grises -. Ahí vive Rompehuesos - bajó su dedo al terreno bajo la montaña -. ¿Ves aquella columna de humo? Es Astofen, y no creo que sea el humo de un horno - Se volvió a Sigmar, con un gesto serio -. Temo Astofen ya haya sido atacada.

- Entonces no podemos entretenernos - dijo Sigmar-, montaremos a caballo hasta Astofen, donde ganaré mi escudo.

Galoparon sin descanso durante el resto del día, siempre en dirección a la columna de humo que ascendía como un dedo señalando el oscuro cielo. Cuando cayó la noche, montaron el campamento al pie de una colina, al otro lado del cual se encontraba Astofen. Sigmar ordenó a sus exploradores que le llevaran un informe completo de la situación de la ciudad. No encendieron ningún fuego, ya que no querían alertar a los orcos de su presencia.

- Estamos a una legua de Astofen - dijo Pendrag, masticando pensativamente una tira de venado seco -. Debemos descansar ahora y ver qué ocurre mañana.

- Esos orcos hacen un ruido terrible, y se les puede oler desde aquí - dijo



Sigmar.

Pendrag sonrió débilmente.

- Agradece que nos encontramos a sotavento de ellos. Los orcos tienen narices penetrantes y si huelen un poco a caballo o a humano, ésta noche será sangrienta - dijo Pendrag.

- Mi padre me dijo: " Nunca luches con un orco en la oscuridad, ya que puede ver y oler mejor que cualquier hombre " - dijo Wolfgart, pasando una roca por el filo de su espada -. Pero yo lucharía contra cualquier criatura ésta noche, si con ello pudiera salvar a la gente de Astofen.

- Tranquilo, valiente Wolfgart - dijo Pendrag -. Mañana tendrás tu oportunidad de luchar. Pero ahora descansen - los guerreros se enrollaron en sus mantas y se fueron a dormir.

Sigmar hizo guardia esa noche, ya que sabía que no dormiría bien. Observó el movimiento de las lunas por el cielo nocturno y escuchó las risas y gruñidos de los pieles verdes que el viento arrastraba hasta sus posiciones. Rezó a Ulric y apretó la capa de piel de lobo sobre sus hombros. La noche pasó despacio.

Al día siguiente Sigmar, Wolfgart y Pendrag se arrastraron a la cima de la colina para ver la tierra que se extendía bajo ellos.

A sus pies estaba Astofen. Estaba envuelta por colinas rocosas, y una parte de la ciudad estaba protegida por el cauce del río. A media legua de la ciudad había un puente que atravesaba el río y que conducía hacia el llano del sur. Las casas de la ciudad estaban protegidas por una

improvisada y débil empalizada.

Cuatro torres estaban levantadas en cada esquina de la empalizada.

Varios hombres estaban en lo alto de las torres, y disparaban flechas al ejército enemigo. Algunos edificios habían sido prendidos fuego por flechas incendiarias lanzadas por los goblins y un manto de humo estaba colgado opresivamente sobre el pueblo. Los aldeanos llevaban cubos de agua para apagar el infierno que se extendía.

Los orcos eran una chusma indisciplinada, agitando sus rebanadoras y lanzas por encima de sus feas cabezas y llenando el aire con sus guturales gruñidos. Llevaban decorada la piel con tatuajes y asquerosos trofeos y muchos tenían cabezas humanas clavadas en estacas de madera. Un enorme orco en el centro de la horda lanzó su hacha hacia la puerta de ciudad y bramó. El hacha giró por el aire y se clavó en la puerta de madera. Era Grimgut Bonecrusher y esa era la señal de atacar.

Marchando al son de los tambores y cánticos de guerra, una veintena de orcos negros empujaron un ariete destartado, con forma de puño gigante. Los hombres lanzaron flechas encendidas al ariete, pero los orcos lo habían empapado con orina y las flechas se clavaban dócilmente en el artefacto, sin llegar a prenderle fuego.

- Hemos llegado justo a tiempo - dijo Sigmar.

- Tenemos que actuar rápido - dijo Wolfgart-, debemos atacar mientras tengamos el elemento sorpresa de nuestro lado.

- El elemento sorpresa no será

suficiente contra tantos orcos. No podemos combatirlos en ese terreno tan fangoso - dijo Pendrag.

- Tengo un plan - dijo Sigmar mirando el puente y luego a los orcos -. Necesitaré cincuenta voluntarios.

Con un crujido terrible, el ariete golpeó la puerta. Los postes de madera gimieron y se resquebrajaron cuando los orcos empezaron a darles golpes con el puño gigante. Los sitiados reforzaron la puerta desde el otro lado, pero sabían que eso era insuficiente, y era cuestión de tiempo que la puerta cediera. Los orcos estaban alrededor del pueblo, golpeando la empalizada, deseosos de entrar. Los hombres retrocedieron ante su asquerosa fragancia.



(iii)

Más guerreros del pueblo se pusieron detrás de las puertas para mantenerlas cerradas. Sus caras

estaban crispadas por el sudor y sus manos agarraban sus escudos y lanzas fuertemente. Se prepararon para vender cara su vida, pero la desesperación latía fuertemente en sus corazones. Bajo el coro de gruñidos e insultos de los orcos, se podían distinguir los lamentos de las mujeres y los niños, que se escondían en sus casas, en espera del final. El humo llenó el aire, y el fuego, que se propagaba rápidamente, estaba empezando a hacerles quemaduras y ampollas en la piel.

Fue entonces cuando el limpio sonido de un cuerno vibró en el aire. Los hombres sobre las torres miraron alrededor, buscando el sonido del cuerno, entre asustados, por si eran más orcos, y esperanzados, por si eran aliados. Sigmar los condujo sobre su semental pardo. Para mostrar el desprecio hacia el enemigo, no llevaba armadura alguna. Sostuvo la lanza en una mano y su escudo en la otra. Los caballos galoparon hacia los orcos, que rugieron desafiándoles.

Grimgut mascullo órdenes al confuso ejército y comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro. La fila delantera de los orcos se apiñó en un muro verde, colocando las lanzas en ristre y los pesados escudos tapando sus piernas. Justo antes de que los jinetes los alcanzaron, lanzaron sus jabalinas. Los misiles hicieron mucho ruido al chocar contra los escudos, que se rompieron y perforando la carne. Los orcos cayeron en el fango con las jabalinas clavadas en sus

cuerpos, pero más orcos reemplazaron a los muertos y el muro siguió intacto.

Pendrag condujo a una unidad de jinetes colina abajo. Cuando se encontraban a sólo unas yardas de los orcos, sacaron los arcos, colocaron flechas con plumas rojas y blancas y dispararon. Las flechas volaron entre los escudos y se clavaron en los orcos con una destreza despiadada. Los jinetes dieron la vuelta y lanzaron otra andanada de flechas antes de regresar de nuevo colina arriba. Ésta vez los orcos reaccionaron: deshicieron la línea de batalla y corrieron tras los jinetes que se retiraban. Volaron lanzas hacia ellos y muchos cayeron de sus monturas. Los orcos corrieron tras los jinetes con un gran estruendo de hachas, rebanadoras y botas de hierro.

Sigmar y su ejercito se reorganizaron sobre la colina. Los caballos resoplaron y pisotearon la tierra, impacientes ante la próxima carga.

- Recordad - gritó Sigmar -, no os adentréis demasiado. La señal es dos toques de cuerno.

- Es una estrategia arriesgada, pero es nuestra mejor posibilidad de vencer - dijo Pendrag.

Sigmar se puso el cuerno en los labios e hizo sonar una nota clara y larga, y condujo a su caballo colina abajo. Con un gran estruendo, sus guerreros le siguieron. Por fin, los jinetes chocaron contra los orcos y la tierra se estremeció. La línea de orcos fue abierta, y los arqueros Goblins fueron eliminados cuando fueron a disparar sobre los jinetes y éstos les pisotearon. Pero los orcos

simplemente se rieron de ellos, y volvieron a reorganizar la línea de escudos. Sigmar arrojó su venablo y dió gracias a Ulric cuando se clavó en el ojo de un orco y reapareció por detrás del cráneo, junto con un montón de sesos. Desenvainó su espada, rugió, y espoleó al caballo para internarse en la línea enemiga. Volaban extremidades y huesos por todos lados, y los jinetes de Sigmar cabalgaron tras él. La primera andanada de jabalinas no hizo mucho, ya que los orcos eran resistentes, pero un hombre a caballo era mucho mas mortal que una jabalina.



El frente orco recibió un tremendo impacto. Las lanzas temblaron a medida que los cascos de los caballos pisoteaban a los pieles verdes. Sigmar atacaba con su espada de hierro al tiempo que se

protegía con el escudo, pero pronto los orcos se recuperaron de la conmoción inicial, y comenzaron a cercar a los jinetes, intentando tirarlos de sus caballos. Sigmar sabía que el poder de la caballería residía en la carga. Si seguían así, pronto serían despedazados.



Los Unberogens fueron cercados. Los orcos gritaban tan alto como los hombres y las espadas de hierro sonaban contra los escudos de madera, y el aire comenzó a oler a sangre y miedo. Los orcos se pusieron detrás de los jinetes, que pinchaban con sus lanzas y mutilaban con sus cuchillas. Sigmar envainó la espada y sopló el cuerno dos veces, mientras intentaba liberarse de la lucha.

- ¡Huid! ¡Huid! - gritó Sigmar mientras galopaba hacia el río.

Con gritos similares el resto de los jinetes se desembarazó de los orcos y lo siguió.

Los orcos aullaron triunfantes, agitando sus armas ante la inminente victoria. Los hombres del

pueblo miraron a los jinetes huir con consternación, sabiendo que su única posibilidad de salvación había desaparecido. Vieron a los jinetes dirigirse hacia el puente, y los orcos, liderados por Grimgut, fueron en pos de ellos.

Sigmar alcanzó el puente el primero y detrás de él, sus hombres galoparon desordenados. Los Unberogens iban gritando para que los orcos los oyesen. Un joven jinete de la retaguardia de la columna fue demasiado lento; un orco saltó y agarró la cola de su caballo. La bestia se encabritó y tiró al jinete de su lomo. Los orcos cayeron sobre él inmediatamente. Sigmar miró horrorizado como los orcos le arrancaban sus miembros, destrozando la carne en trozos sanguinolentos y llevándoselos a las bocas. Vio la cara pálida del jinete manchada de sangre, con los ojos dilatados por el miedo y su boca articulando un grito sin sonido. Y luego se perdió entre la masa de orcos que corrían.

- ¡Rápido, rápido! - gritó.

Su corazón se llenó de alivio al ver como Wolfgart montaba a caballo por delante, que era el último hombre en cruzar. Sigmar lo siguió, mirando por encima del hombro para ver a los orcos acercándose. Cuando llegaron al final, Sigmar dio la señal. Cincuenta guerreros Unberogens salieron de sus escondrijos. Rápidamente formaron encima del puente. Empezaron a empalar pieles verdes con sus lanzas. Crearon un bloque sólido que obligaba a los pieles verdes a acumularse en el puente y tras él. Caían muchos hombres, pero

también muchos orcos, y los Unberogens no cedieron ni un palmo de terreno.

Los jinetes se pararon a unos cien metros del puente. Desmontaron de los caballos y cogieron nuevas lanzas y escudos, que habían dejado preparados los cincuenta voluntarios antes de la batalla. Pendrag cabalgó hasta Sigmar. Protegiéndose los ojos del sol con la mano, miraron al puente.

- Están aguantando bien - dijo Pendrag.

Los orcos habían abarrotado el puente, y aun había más detrás, bramando y empujando para que se liberase el puente. Los lanceros contenían la marea verde, pero estaban empezando a perder terreno poco a poco.

- Si no lo dejan ahora, todos van a morir - dijo Sigmar, dudando ahora de su propia estrategia.

- Mi señor,- dijo Pendrag -. Ésta tarea que les encomendó estaba destinada a la muerte. Ellos lo sabían, aunque no te lo dijeron. Se han sacrificado para garantizarnos la victoria, y porque confiaban en ti. Hagamos que no mueran en vano.

- Tienes razón, Pendrag - Sigmar asintió -. Prometo hacer que su sacrificio valga la pena.

En el puente, la masa de orcos salió adelante. Sigmar tocó una vez el cuerno, y los valientes guerreros del puente tiraron las armas y corrieron hacia los jinetes Unberogens, con los orcos enloquecidos corriendo tras ellos.

- ¡Formad y preparaos para la carga!  
- ordenó Sigmar.

Por todos los lados los hombres

subieron a sus caballos. Los pocos hombres que quedaban de los lanceros, cayeron abatidos por las lanzas de los orcos. Al verlo, los jinetes gritaron de furia y se pusieron impacientes.

- ¡Esperad! - dijo - ¡Esperad hasta que los orcos hayan cruzado el río, entonces podremos atacarles en campo abierto!

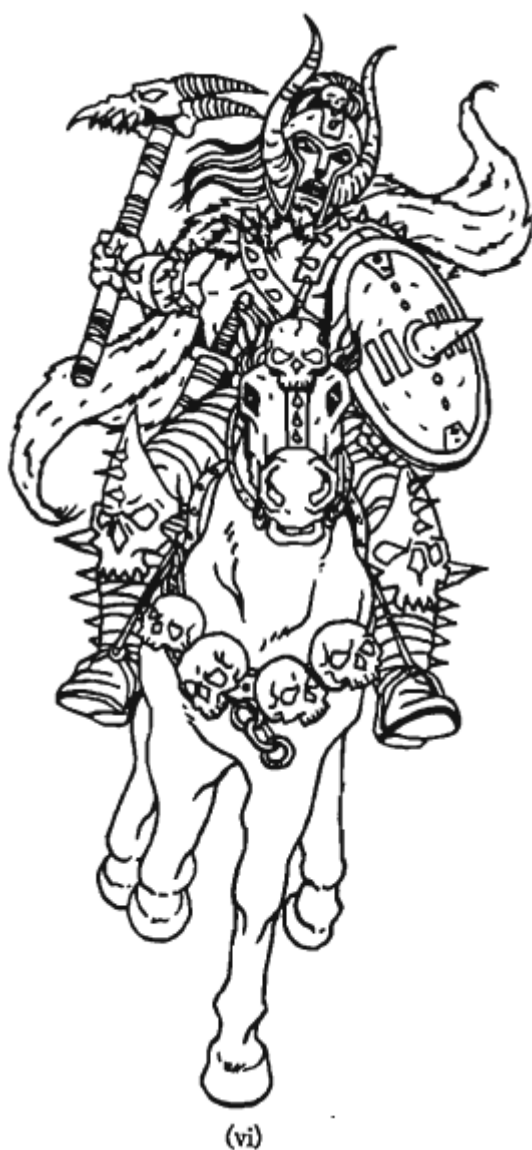
Los pieles verdes tardaron poco en cruzar el río; estaban tan absortos en la matanza de los valientes guerreros que lucharon en el puente, que no vieron a los jinetes sobre la colina. Sigmar ordenó con un toque de su cuerno que cargasen. Como la otra vez, los fieros guerreros cargaron ladera abajo. El sonido de los cascos de caballo, junto con las armaduras de los jinetes, fue tremendo, y bajaron las lanzas cuando se acercaron al enemigo.

Los orcos les vieron muy tarde y sus gritos de victoria murieron en sus bocas. Intentaron darse la vuelta, pero al haberse separado tanto del puente, que les era imposible huir. Con gruñidos de desesperación, volvieron a dar la vuelta para afrontar la enloquecida carga de los jinetes Unberogen.

Las armaduras de bronce brillaban por el sol, pero destacaba uno a la cabeza que iba casi desnudo, solamente vestido con un taparrabos y unas botas de cuero, y con el pelo al viento, sin yelmo. Con un aullido salvaje de guerra, Sigmar le cortó la cabeza a Grimgut y su oscura sangre le salpicó en la cara.

La batalla fue corta. Los orcos se desmoralizaron ante la furiosa carga

alimentada por el odio y la venganza. Los que sobrevivieron a la carga, huyeron como lobos ante la muerte de su jefe. Los que se cansaron de correr antes de llegar al puente, fueron abatidos por los guerreros de Astofen, que habían salido del pueblo para ayudar a los jinetes Unberogens. Al final de la tarde, el campo de batalla estaba cubierto de cuerpos.



Esa noche todos lo festejaron en el pueblo. Muchas botellas fueron bebidas y brindaron por los caídos y los valientes que se sacrificaron para ganar la batalla de una forma tan astuta. Sigmar estaba sentado en lo alto de la mesa con Pendrag y los señores del pueblo.

- Has ganado la batalla de una forma impresionante, joven general - dijo Pendrag -. Afrontaste una batalla en terreno desfavorable, pero usaste la astucia y el coraje para atraerlos a campo abierto. Brindo por eso - tomo un largo sorbo de vino de uva y dejó la jarra sobre la mesa.

Sigmar brindó también, pero no dijo nada.

- Estás pensando en los hombres del puente - dijo Pendrag -. Si, bueno, tu plan selló su destino. Pero recuerda esto: ahora descansan en el Gran Salón de Ulric, donde, y esto no significa que no aprecie la hospitalidad de nuestros anfitriones, la comida es mejor y el vino más fuerte que alguno de esta mesa. En su momento nos uniremos a ellos, y te aseguro que ninguno de esos hombres habría cambiado de destino si se lo hubiéramos preguntado dos veces. Murieron dignamente en la batalla, y estarán agradecidos por ello.

Al día siguiente, el ejército regresó a Reikdorf para narrar su historia. Björn abrazó a su hijo y le dio su escudo. Había demostrado ser tan buen guerrero como líder. Aquella batalla la recordó toda su vida, y aun de mas mayor, seguía soñando con las casas en llamas y el campo de orcos muertos.





(Plate III)

# *Sigmar y el Rey Barbahierro*

En el Gran Salón, el Rey Sigmar tomó un largo trago de cerveza. La hierba había crecido por encima de la tumba de su padre durante tres años, y la tribu Unberogen había aceptado a Sigmar como jefe. El Rey Björn había muerto gloriosamente en la lucha contra los Taleutens, una tribu del norte que quería invadir su provincia. Björn había matado al jefe de la tribu, pero después había muerto a manos de los vengativos bárbaros. Sigmar guardaba el tapiz que ilustraba la muerte de su padre, colgado ahora sobre la chimenea.

- ¿Qué ocurre? - preguntó.

- Mi señor - dijo Eoforth, su consejero de mayor confianza -, los asuntos sobre la justicia y el derecho se harán de acuerdo a tus deseos. Los diezmos se han guardado y el almacén esta lleno de grano...

Sigmar suspiró. Anhelaba la acción. Los asuntos de estado eran importantes, por supuesto, pero sus hombres deambulaban libres, ansiando reunirse bajo su bandera para alcanzar la gloria. Sus pensamientos fueron cortados por dos exploradores que acababan de entrar en el Gran Salón.

- ¿Qué es esta interrupción? - dijo severamente Sigmar, aunque en el

fondo lo agradecía - ¿Quién es ese hombre que traéis?

- No se, señor - dijo uno de los exploradores -. ¡Es un enano, y viene desde el este, desde las Montañas del Fin del Mundo! Dice que tiene noticias funestas y necesita ayuda.

Colocaron al enano en un lecho cubierto de paja, que se usaba para los heridos. Sigmar miró al enano, que le faltaba un ojo. Dijo que su nombre era Thrungi y que era porteador del escudo del Rey Kurgan Barbahierro, rey de los enanos de Karaz-a-Karak. Fue atacado por una partida de orcos mientras iba a visitar a su tío en las Montañas Grises.

- En el Paso del Hacha Rota se están concentrando un montón de orcos - dijo Thrungi -. Miles de ellos, procedentes de todas partes.

Luchamos. Oh, cómo luchamos: condujimos las caravanas blindadas hasta el paso de montaña. El camino desde Karaz-a-Karak peligroso.

Duró casi cuatro días. Los guardaespaldas del rey, la Guardia de Hierro, marcharon al frente de la columna. Vestían armaduras rúnicas de gromril e iban examinando cada grieta de ambos lados del paso. El estruendo de los carros y las botas de los cientos de soldados resonaba por todo el desfiladero. "Preparaos",

dijo el Rey Barbahierro, que estaba a la cabeza de la columna subido en un gran escudo, que era llevado por los cuatro guerreros de mayor confianza, "puedo oler pieles verdes cerca", eso fue lo que dijo. En ese momento cayeron unas rocas por la ladera. Barbahierro ordenó detener la columna. "Tenemos problemas." gritó, enarbolando su hacha, "Proteged los carruajes y preparaos para el ataque". En ese momento empezamos a captar formas a lo largo del acantilado.



Eran goblins. Montones de ellos. Flechas negras volaron hacia nosotros, pero golpearon contra nuestros escudos y nuestras armaduras. Sin embargo, nuestro Gran Rey sabia que solo era una artimaña para mantenernos distraídos, hasta que el peligro real apareció. "Proteged las caravanas", dijo mi rey, "No voy a dejar que esos apestosos pongan una sola mano en mi tesoro". Y entonces el valle se llenó de monstruos, saltando desde todos lados: de grietas, de cuevas y agujeros. Miles de ellos: gigantescos orcos de piel casi negra, goblins y trolls de piedra. Un troll me sorprendió, y mi rey cayó.

- Descansa ahora - dijo Sigmar.  
 - No, tengo nada mas que decir - Sigmar se sorprendió al ver unas lagrimas cayendo por sus mejillas -. Me caí y el escudo del rey cayó conmigo. Cuando desperté estaba solo. Busqué entre los muertos, pero no estaba mi rey. Es culpa mía. La vergüenza me va a matar - y después de decir eso, se desmayó.  
 - ¿Crees que el enano todavía vive? - preguntó Wolfgart a Sigmar.  
 - No sé - dijo Sigmar pensativo - Puede ser. Si los orcos han capturado al rey de Karaz-a-Karak... es bastante probable. A los orcos les da todo igual.  
 - Debemos cuidar nuestras fronteras - dijo Pendrag -. El Paso del Hacha Rota no está lejos.  
 - Sin duda, el enano espera que le ayudemos a encontrar a su rey - dijo Sigmar - y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarlo.  
 - Los enanos no prestan ayuda a los hombres - dijo Pendrag -, ellos viajan a través de nuestras tierras sin permiso y, sin embargo, no nos ofrecen nada a cambio. Por todos los dioses, ésta es la primera vez que un enano nos pide ayuda y siempre han vivido cerca de nuestras fronteras. Es un orgulloso y testarudo pueblo. ¿Acudirían en nuestra ayuda si nosotros se lo pidiéramos? ¡Claro que no!  
 - Hay poco afecto mutuo, lo reconozco - dijo Sigmar -, pero tampoco tenemos rencor. Por lo que a mi respecta, no se cosecha la mala voluntad de los enanos por ninguna razón - miro al pálido enano tendido en el camastro -. Poderoso aliado podría ser el pueblo enano. Nunca perdonarán el rencor, pero una

buena acción hacia ellos podría hacer que nos ganemos su robusto corazón.

Pendrag sacudió la cabeza y sonrió tristemente, pues sabía lo que su señor se traía entre manos. Wolfgart se colgó distraídamente los pulgares del cinto con una amplia sonrisa.

- Llamad a los guerreros a las armas - dijo Sigmar.

- Aun hay varios asuntos que requieren de tu atención, mi señor - dijo Eoforth con un deje de reproche en su voz.

- Son cuestiones de Estado - dijo Sigmar -. Yo tengo asuntos de guerra que atender.



Al saber que los Unberogens iban a prestar ayuda para buscar a su rey, el ánimo de Thrungi mejoró notablemente. Su desesperación fue sustituida por un apresurado deseo de ayudar. La guardia personal de Sigmar se había reunido y la noche antes de la partida festejaron la guerra, sacrificando una cabra y un jabalí a Ulric y a Morr.

Los Unberogens no se arriesgaban a una guerra abierta, pues carecían de la fuerza necesaria para combatir a tantos enemigos, sino que habían preparado una incursión. Tomaron el camino a través del bosque hacia el oeste. El sol había pasado cuatro veces sobre sus cabezas cuando

alcanzaron la fría sombra de las Montañas Grises.

No fue difícil encontrar el campamento orco. Los exploradores de Sigmar informaron de que estaban acampados en un improvisado fuerte a los pies de un acantilado al oeste del Paso del Hacha Rota.

- Apuesto a que lo usarán como rehén - dijo Sigmar -. Los orcos rara vez salen de las montañas durante periodos largos, por lo que son o muy estúpidos o muy arrogantes. En ambos casos, es una baza a nuestro favor.

- ¿Que tienes en mente, Rey Sigmar? - pregunto Thrungi.

- Vamos a hacer una incursión, mi pequeño amigo. Vamos a liberar a tu rey delante de las narices de los orcos - se volvió a mirar a Svein, el jefe explorador -. ¿Hay señales del rey?

- Si, mi señor - dijo -. Él y una veintena de enanos están cautivos en una jaula de madera en el centro del campamento.

- ¡Hombres, nos acercaremos al anochecer! - Sigmar apoyó una mano en el hombro de Thrungi -. Y tú, amigo, te quedarás aquí. Reza a tus dioses por nosotros. No te preocupes, pronto tendrás tu venganza.

La noche cayó. Sigmar eligió a sus mejores guerreros: Wolfgart, Pendrag, Svein, el jefe explorador, y a Eirik, su hermano. Se quitaron las camisas y armaduras, y se cubrieron el cuerpo con las cenizas de las hogueras. Tenían que actuar con cuidado y en silencio.

Se acercaron al campamento, protegidos por el velo de la noche.

Los ruidosos orcos bebían, comían y discutían.

- Hay centinelas más adelante - susurro Svein -, pero están borrachos. Esos desgraciados están tan seguros de su número que no temen un ataque.

- Y tienen razón - dijo Sigmar -, pero es con la infiltración con lo que deben de ser cautos, porque ésta noche unos Unberogens van a tratar de entrar.

Se acercaron sigilosamente hacia la posición de los centinelas, que estaban dormitando, y un par de cuchillos se clavaron en sus gargantas. Luego cogieron las ropas de los orcos y se pusieron sus yelmos para ocultar sus rostros.

- ¿Que pasa con el olor? - pregunto Pendrag - Los orcos pueden oler a cientos de metros.

- Untaos esto en la piel y la ropa - dijo Svein, al tiempo que cortaba rebanadas de sanguinolenta carne al orco y se la frotaba por el cuerpo -. Con esto se enmascarará nuestro olor.

Con encomiable estoicismo, se untaron la carne de orco por todo el cuerpo y se dirigieron hacia el campamento. Sin embargo, no se escondieron, sino que imitaron el comportamiento de los orcos, balanceándose, caminando con pasos largos y gruñendo en una imitación muy aceptable de los orcos.

El campamento estaba tranquilo, la mayor parte de las bestias estaba dormida, mientras que el resto seguían bebiendo y comiendo carne. Algunos se volvieron para mirarles, pero bien fuese por su apariencia verde, o por la borrachera, no les

prestaron la menor atención.

Cuando llegaron a la jaula de los cautivos, los hombres les explicaron el plan a los enanos, los cuales estaban formados alrededor del Gran Rey enano. Eran alrededor de veinte, y juraron venganza desde el momento en que salieron de la jaula. Los enanos, una vez liberados, se marcharon en columna, con los hombres en la retaguardia, cerrando la comitiva.

Los orcos no se percataron de nada, y los pocos que lo hacían, eran acuchillados antes de que les diera tiempo a dar la alarma. Así dejaron el campamento orco y se reunieron con el resto de los Unberogens. Esa misma noche regresaron a Reikdorf. Y así fue como Barbahierro, Rey de los enanos, fue rescatado, junto a sus enanos, y junto a Thrungi regresaron con sus familias. Pero los enanos habían jurado venganza, y Sigmar prometió ayudarles.

Los enanos de las Montañas Grises fueron llamados a las armas, y junto a los hombres de la tribu Unberogen marcharon sobre el campamento orco. En el transcurso de una sangrienta tarde, los pieles verdes fueron pasados por espadas y hachas, y todos fueron aniquilados, impotentes ante la furia de los enanos y la caballería de los Unberogens.

En agradecimiento por la audacia del rescate, el Rey Kurgan Barbahierro regaló a Sigmar el gran martillo, Ghal Maraz, el Rompecráneos, que ahora es el símbolo del Imperio, y un pacto se forjó entre los Unberogens y los enanos de todas las montañas.

# *Sigmar paga tributo a los Asoborns y Taleutens*

La primavera llegó anunciada por el deshielo de las montañas mas bajas. El cielo estaba azul, pero las nubes grises indicaban que llegaba la época de lluvias típica de primavera. Los hombres y las mujeres de la tribu Unberogen dividían la tierra en sectores y la araban para preparar la siembra. Al retirarse las nieves de las carreteras y los pasos de montaña, el comercio volvía a fluir en la ciudad de Reikdorf.

Solo llevaba tres años ocupando el puesto de jefe de su tribu, pero Sigmar ya había hecho muchos cambios. Desde hacía mucho tiempo, Sigmar sabía que para sobrevivir su tribu tendría que estar preparada siempre para la guerra. Ordenó talar los árboles de alrededor de Reikdorf para la siembra y aumentar el tamaño de la ciudad. Las mejores tierras se las cedió a los agricultores, a cambio de que suministraran alimento a los guerreros que protegían la región. Los campos daban su fruto en

abundancia y pronto hubo que construir graneros para almacenar el trigo, el maíz y la cebada.



(i)

Los árboles que fueron cortados del bosque se utilizaron para fortalecer las murallas de la ciudad y construir torres de vigilancia.





(ii)

Alrededor de las murallas cavaron un profundo foso en el que colocaron estacas afiladas. Las carreteras que cruzaban los bosques y las llanuras fueron ensanchadas para permitir el paso de los carros grandes. Los enanos, nuevos aliados de la tribu Unberogen, llevaban armas y armaduras de la más exquisita manufactura, y regresaban cargados de pieles, lana, carne, grano y pan negro. Con el tiempo, todos los pueblos y asentamientos de la tribu Unberogen llegaron a estar comunicados, haciendo más fáciles y seguros los viajes y el comercio.

La fama de Sigmar y la fuerza de su tribu estaban creciendo y los otros jefes deseaban saber más acerca de él. ¿Quién era ese gran guerrero? ¿De verdad había luchado

con los orcos siendo aun un mozo? ¿Cuál es la fuerza, en realidad, de su tribu?

Un día, Sigmar recibió a dos emisarios.

El Rey Sigmar estaba sentado en su trono de madera en la parte superior de la Gran Sala. Llevaba un jubón de cuero con remaches de hierro y una capa roja, atada a su cuello con un broche de oro con forma de dragón. A su izquierda estaba su amigo, Wolfgart, y a sus pies dos fieles mastines de caza mordían los huesos de jamón. Las puertas del salón se abrieron.

Dos extraños, un hombre y una mujer, caminaron hasta Sigmar. Cuando llegaron a los pies de la tarima en que se encontraba, dejaron sus armas en el suelo, como era

costumbre ante un jefe de tribu. Sigmar se levanto del trono e hizo una reverencia, llevándose la mano derecha al corazón.

La mujer hizo lo mismo, pero de forma hosca y seca. Sus esbeltas muñecas estaban decoradas con unas pulseras de bronce de intrincados dibujos. Su piel oscura estaba cubierta de tatuajes azules que se enroscaban como serpientes alrededor de su extremidades. Su pelo era largo y mate y llegaba hasta la mitad de su espalda. Llevaba unas trenzas sujetas con huesecillos de animales e iba vestida una chaqueta corta de cuero. Sus movimientos eran rápidos y a Sigmar le recordó a un pájaro, atento y cauteloso. Sigmar se fijo en sus armas: una espada de hierro y un arco corto de tejo.



- Tú debes de ser el emisario de los Asoborns, ¿no? - dijo Sigmar.

Conocía muy bien a los Asoborns, que vivían en las tierras al este. Sus casas estaban construidas bajo las ramas de los árboles o parcialmente excavadas en las raíces. Casi nadie salía de sus asentamientos, por lo que permanecían bien ocultos. Se trataba de una salvaje tribu matriarcal, dirigida por la Reina

Freya. Se rumoreaba que había estrangulado a su marido en la cama mientras dormía y bajo su liderazgo los Asoborns se habían convertido en una tribu fuerte. Eran expertos en emboscadas y la caza y acudían a la batalla en carros de guerra.

La mujer se puso de pie y miró fijamente a Sigmar.

-Si, señor - dijo, con un acento dulce y musical -. Mi nombre es Gwynned y he venido con un amigo para llegar a un acuerdo contigo - señaló al hombre que estaba junto a ella.

Él era alto y vigoroso. Tenía una nariz prominente y el pelo, de un naranja intenso, parecía quemar como su mirada. Sus muñecas estaban cubiertas por brazaletes de plata, labrados en forma de espiral semejante a una serpiente y sus piernas estaban revestidas con grebas de cobre y acero. Llevaba un chaleco de piel de zorro y una capa de color naranja que le llegaba hasta los tobillos, sujeta al cuello por un broche con la forma de una cabeza de caballo. Sobre el suelo había colocado su arma: una garrancha, el arma preferida de la tribu Taleuten. Se puso de pie y miró a Sigmar a los ojos. Los tenía de un azul intenso, pero brillaban con un fuego interior. - Y tú debes de ser un emisario de los Taleutens - dijo Sigmar.

Los Taleutens vivían en la llanura al noreste de las tierras de los Unberogens. Se trataba de un feroz y orgullosa tribu y todos sabían que sus caballos eran los mas rápidos y ellos los mejores jinetes de todas las tribus.

El hombre asintió.

- Me llamo Curbad. Nos sentimos honrados de habernos atendido en tu

Gran Salón - dijo.

Sigmar sonrió y se sentó nuevamente en su silla, apoyando la barbilla en un puño cerrado.

- Por favor, sentaos. Os servirán comida y bebida, pues habéis echo un largo viaje, y hablaremos sobre lo que os ha traído aquí mientras comemos.

Gwynned le devolvió la sonrisa.

- En efecto, señor. Debes saber que nuestras tribus se han unido mediante un pacto. Cuando vamos a la guerra, nuestros guerreros marchan juntos, como si fueran miembros de la misma familia - dijo ella.

Sigmar asintió.

- Los sabios dicen - prosiguió - que el número hace la fuerza. Pero hay ocasiones que nos dirigimos a la batalla como cabras, sin saber qué hacer ni por qué luchar.

- Nadie puede vencernos mientras nuestras tribus estén unidas - gruñó Curbad -. Y no me gusta ser comparado con una cabra.

Gwynned sonrió.

- Tranquilo, Curbad - volvió a mirar a Sigmar -. Hay orcos en nuestras fronteras, pero nuestra fuerza combinada les mantiene a raya. Y eso nos da otras opciones.

Sigmar callaba. Sabía lo que estaba a punto de decir.

- Pedimos un tributo de la tribu Unberogen, aunque no más de lo que podáis permitir - dijo.

- ¿Por qué debemos de daros un tributo? - preguntó Sigmar.

- Gracias a la sangre de nuestros guerreros, vuestras tierras son seguras. Simplemente pedimos una recompensa por los guerreros caídos - dijo Curbad.

- ¿Vas a seguir escuchando a estos desgraciados? - le susurró Wolfgart a Sigmar al oído.

El joven rey levantó la mano para silenciar a su camarada.

- ¿Y si nos negamos? - dijo Sigmar.

Curbad y Gwynned recogieron sus armas.

- Cuando nuestras tribus se unen para la guerra, contamos mas de tres mil lanzas. Calculo que no hay mas de mil hombres bajo tu bandera - dijo Curbad.

Los emisarios caminaron hacia la puerta.

- Mientas tu padre lideraba a los Unberogens, hemos sido amigos y hemos recibido tributo - dijo Gwynned -. Espero, sinceramente, que siga siendo así. Trae el tributo a nuestras tierras cuando comiencen a caer las hojas de los árboles o de lo contrario, añádenos a tu lista de enemigos - y dicho esto, cruzó la puerta y se fue.

- No estarás pensando en hacer caso a esos gusanos, ¿verdad? - preguntó Wolfgart.

- Silencio, amigo. Necesito pensar un rato - dijo Sigmar.

Wolfgart lo miró con disgusto.

- No hay nada que pensar.

Reuniremos a nuestros guerreros, marcharemos sobre sus tierras, les diremos que les hemos traído el tributo y luego los matamos a todos.

Sigmar volvió la cabeza hacia Eoforth, su consejero de mayor confianza.

- Mi señor, yo te aconsejaría que no le hicieses caso a Wolfgart. Juntos, los Taleutens y los Asoborns suman un numero de guerreros mucho mayor de el que nosotros podemos reunir. Sus fronteras ocupan toda la

parte este de nuestras tierras. Pueden golpearlos donde quieran. Además, siempre nos hemos llevado bien con ellos. No es como rendirle tributo a un enemigo declarado.

- Los Unberogens no rinden tributo a nadie - dijo Wolfgart -. Si de verdad quieren la paz, entonces que se las apañen sin tributos. Nosotros pagamos el precio de la sangre para mantener sus tierras libres de pieles verdes, defendemos todas las montañas occidentales. Ese tributo es mas que suficiente - escupió en el fuego -. Deberíamos quemarles a todos por su insolencia - gruñó.

- ¿Qué dices tu, señor? - dijo Eoforth.

- Ambos tenéis parte de razón. Por esto mismo existe un consejo. Un líder sabio sabe escuchar las voces de todo el mundo, aunque sean contrarias - se puso de pie y camino por la habitación -. Es cierto que cuando se juntan los hombres de esas tribus nos superan - dijo, mirando a Eoforth -. También es cierto que los Unberogens no rendimos tributo a nadie - añadió, volviendo su mirada a Wolfgart -. Pero no veo cómo las soluciones que nos han aportado los emisarios pueden beneficiarnos. La guerra sería costosa.

- Pero por lo menos moriremos gloriosamente - dijo Wolfgart.

- Pero aun así, moriremos - Sigmar dice -. Sin embargo, si aceptamos sus propuestas, pensarán que somos débiles.

Wolfgart y Eoforth miraban a su señor.

- Entonces, ¿qué debemos hacer? - preguntó Eoforth.

Los Unberogens viajaron durante

semanas hasta que vieron Taalahim, la capital de los Taleutens. Cuando por fin la divisaron, eran mediados de verano. A medida que avanzaban, los campesinos dejaban de trabajar y corrían hacia la ciudad para guarecerse. Cuando el último entró, se cerraron las grandes puertas.

Taalahim estaba construida en una colina que la tribu había aplanado para construir, en el centro de un enorme cráter. Alrededor de ella había una fuerte empalizada de afilados leños. La puerta estaba adornada con efigies de jinetes, grabadas en oro, y las altas torres de vigía tenían la inconfundible forma de una cabeza equina. Los Taleutens sentían tal veneración por los caballos que el edificio más grande y bonito de la ciudad eran los establos, situados en el centro de la ciudad, la zona mas segura.

Semanas antes, los exploradores Taleutens habían informado a su caudillo de que un gran numero de guerreros Unberogens habían entrado en sus tierras, incluidos su líder, el Rey Sigmar. Mandaron mensajeros a la Reina Freya para comunicarle la noticia. De esa forma, el Rey Kurgar de los Taleutens, Gwyneed y Curbad se encontraban en la empalizada que había encima de la puerta dorada de Taalahim y esperaban el momento de su llegada. Los guerreros estaba dispuestos a lo largo de las empalizadas laterales de la ciudad. Aferraban las lanzas con sus curtidas manos y se oía el crujir de la madera bajo el peso de tantos hombres. Detrás de los guerreros, estaba los arqueros.

Ocultas entre los bosques que

rodeaban la ciudad, las guerreras Asoborns estaban preparadas para saltar sobre los Unberogens a la señal de su reina. Eran unas fieras mujeres cubiertas con corazas de cuero endurecido. Llevaban jabalinas y pequeños escudos, y de sus cinturones colgaban hachas. Tenían las hojas impregnadas con una mezcla de aceite y ceniza, por lo que la luz no se reflejaba sobre ellas.



(iv)

La caballería Taleuten había formado a ambos lados de los campos por los que discurría el ejército de Sigmar, preparados para el ataque. Estaban blindados con corazas y cascos de hierro y portaban lanzas y arcos. Sus caballos, unas magníficas criaturas protegidas por bardas de cuero, relinchaban y bufaban inquietas.

Sigmar iba a la cabeza de la columna, ataviado con una

armadura de bronce que refulgía con el sol, y montado en su caballo de guerra. Llevaba la capa roja sobre sus hombros y sobre la cabeza portaba el famoso casco con forma de cabeza de jabalí. Portaba a Ghal Maraz sobre el hombro, que destellaba rodeado de un aura de poder. Sigmar no miró a los jinetes Taleutens que había a los lados, ni a las oscuras formas que se movían por los lindes del bosque. En vez de eso, miraba al frente, con los ojos brillantes, analizando las futuras perspectivas.

Detrás de él marchaban los guerreros. Todos llevaban brillantes armaduras y portaban los escudos y las lanzas en la espalda. Al lado de la guardia de Sigmar, que iba a caballo, había varios mastines de caza.

Sigmar ordenó al ejército que se detuviese, y los guerreros formaron filas delante de la ciudad. Clavaron sus armas en el suelo, señal inequívoca de que no pensaban combatir ese día. Gwynned suspiró aliviada.

A través de las filas de los hombres, ocho carros tirados por bueyes avanzaron hacia delante, conducidos por Wolfgart, que se puso el cuerno de guerra en los labios y sopló, emitiendo un agudo y prolongado sonido.

- Sigmar, caudillo de la tribu Unberogen, trae presentes para los Taleutens y los Asoborns - dijo con su grave voz -. Esperamos que con este tributo se muestre nuestra buena voluntad y también se demuestre la gran fuerza de la tribu Unberogen. Sería bueno para vosotros tomar nota de los regalos y

daros cuenta de cómo os beneficiaría tenernos como aliados.

Krugar miró a los guardias y estos abrieron las puertas. Sigmar y su guardia atravesaron las puertas y tras ellos los carros.

- ¿Funcionará tu plan? - susurró Wulfgart.

- Ellos esperan que los carros contengan grano, carne y cerveza. Lo que les hemos preparado les dará un mensaje claro a esta gente. Si funcionara... bueno, solo se sabrá hasta que haya ocurrido.

Los Unberogens se reunieron en la plaza. El Rey Krugar, Gwynned, Curbad y varios guerreros bajaron de la empalizada.

- Bienvenido, Rey Sigmar - dijo Curbad -. Éste es el Rey Krugar.

Sigmar asintió y saludó al Krugar y vio la incertidumbre en sus ojos.

- Bienvenido a mis tierras, Sigmar. Te pareces mucho a tu padre. En el pasado luchamos juntos en varias ocasiones - dijo Krugar.

- En efecto - dijo Sigmar -. Mi padre dice que la magnificencia de su caballería en la batalla era algo que él nunca olvidaría. De hecho, dijo que sobre el terreno es el mejor ejército que había visto nunca.

Krugar sonrió con confianza.

- Y sus guerreros han demostrado su valía y confianza mas de una vez. Recuerdo la hospitalidad con que tu padre me acogió en sus tierras durante una campaña.

- Mucho ha cambiado mi tierra desde que mi padre se fue al Panteón de los Guerreros.

- ¿En serio?

- En serio - Sigmar señaló a los conductores, desataron las cuerdas y quitaron la lona que cubría los

carros. Todo el mundo se inclinó para ver mejor. No vieron ni sacos de grano, ni barriles de cerveza, ni alforjas llenas de carne. En lugar de eso, un gran arsenal de armas quedó a la vista de todo el mundo.

Escudos redondos forjados con patrones de batallas legendarias, espadas de bronce con joyas incrustadas, corazas, grebas, brazaletes, y cascos que brillaban como el sol. La multitud comenzó a dar empujones para ver el interior del carro.



(v)

Curbad, Gwynned y Krugar miraron el tesoro con asombro. Eso iba mucho mas allá de sus expectativas, y no sabían qué hacer con él. Se apresuraron más aún para poder examinar el contenido del carruaje.

- Esto es lo que nuestra tribu puede ofreceros como regalo - dijo Sigmar.

- Les estas dando mucho mas de lo que podemos permitirnos - susurró Wulfgart.

- Ciertamente, lo sé, pero ellos no -



respondió Sigmar -. Y eso es lo más importante.

- ¡Esto es un trabajo magnífico de herreros enanos! - dijo Curbad, mirando detenidamente un casco adornado con runas enanas - ¡Pero esto está hecho para un hombre, no para un enano!

Sigmar asintió, reprimiendo una sonrisa.

- Si, ese casco en particular me lo regaló el Rey Enano Barbahierro de Karaz-a Karak - dijo Sigmar, como sin darle importancia.

- Nuestra tribu ha hecho un pacto con los enanos de las Montañas Grises y las Montañas Negras, tanto militar como comercial. De hecho, la única cosa con la que no comercian es con nuestra cerveza. Es demasiado débil para su gusto.

Sigmar desmontó y se dirigió a Krugar.

- Nuestro pacto con los enanos establece que si alguna vez nuestro pueblo está bajo una amenaza... cualquier amenaza... ellos marcharán a la guerra para ayudarnos. Y ya sabes la seriedad con la que los enanos se toman estos asuntos - dijo Sigmar y sonrió.

Krugar también sonrió, pero solo con la boca, porque en el fondo estaba lleno de dudas.

- Aceptad estos regalos - dijo Sigmar claramente y subió de nuevo a su caballo -. Has de saber, pues, que si los Taleutens o los Asoborns requieren nuestra ayuda en algún momento, nosotros acudiremos, junto con nuestros aliados enanos. Y lo mismo ocurrirá si nosotros solicitamos vuestra ayuda. No habrá

más tributos, nosotros no os los daremos, ni vosotros a nosotros.

¿Aceptas estas condiciones?

Krugar, Gwynned y Curbad se reunieron y hablaron, y luego Gwynned avanzó hasta donde se encontraba Sigmar.

- Aceptamos este pacto con honor y lo mantendremos mientras fluya las sangre por nuestras venas.

Sigmar y sus guerreros retomaron el camino hacia Reikdorf.

- Ha sido un pacto caro - dijo Wolfgart.

- No del todo, amigo mío - dijo Sigmar -. La extravagancia de nuestro regalo les ha hecho creer que somos más poderosos que ellos. De esta forma no tendremos que pagarles más tributos y además, nos hemos garantizado unos firmes aliados. Ellos no van a olvidar la fuerza y la generosidad de los Unberogens demasiado rápido, y como hombres de honor que son, no van a faltar a su palabra. Todo está a nuestro favor. Como dijiste en primavera, nosotros no rendimos tributo a nadie.

Sigmar regresó a su casa triunfante. A través de la astucia y la diplomacia, evitó tener que estar a la sombra de los Asoborns y los Taleutens. Mediante el uso de un puño de hierro en un guante de seda y mediante la emisión de amenazas a través de generosos regalos, Sigmar ganó la batalla sin derramar ni una gota de sangre. Y ahora tenía a la mejor caballería y a las fieras guerreras Asoborns de su lado.



(Plate IV)

# Sigmar lucha contra Skaranorak

Al sudeste de la tierra de los Unberogens se encontraba la tierra de los Brigundians, en lo que sería hoy la provincia de Averland. Los Brigundians siempre se habían mantenido al margen de los Unberogens, sin embargo, era sabido por todos que comerciaban mucho con sus vecinos.

El sur oriental de esa tierra era fértil y muy válido para los cultivos. Con el tiempo los Brigundians se enriquecieron con el comercio. Los espías de Sigmar informaron que ese crecimiento de la riqueza podría poner en peligro sus propias tierras en el futuro. Después de todo, no había con ellos ningún tratado de paz y no se sabía mucho de ellos.

Sigmar sabía que debía hacerse algo, pues cuantos más aliados tuvieran, más fuerte sería su tribu. Llamó a su consejo y hablaron del asunto. Algunos dijeron que había que dejar a los Brigundians dar el primer paso. Otros dijeron que la guerra era la única solución. Unos pocos incluso sugirieron matar al jefe de la tribu. Pero Sigmar rechazó todos esos consejos.

- Voy a intentar negociar con la tribu - anunció Sigmar -. Estoy seguro de que se puede llegar a un acuerdo.

De esa forma, salió de Reikdorf

tomando el camino del bosque hacia el este. Viajó a través de ríos y colinas, hasta que llegó a los límites de su dominio y entró en la tierra de los Brigundians.

Su tierra estaba plagada de llanuras de mejor calidad que la de su tribu, y el horizonte era únicamente roto por montículos bajos y pequeños afloramientos de rocas que cortaban la tierra como estacas. Hacía mucho que quería andar por las tierras vecinas solo, para verlas y poder liberarse un rato de los cuidados y los mimos en la capital, Reikdorf.

Delante de él, se hallaba un muro de montañas bastante sobrecogedor, las Montañas Negras. Sigmar cabalgó, hasta que llegó a Siggurdheim, imponente sobre una colina rocosa, rodeada por un muro de piedra. Vio muchas carretas de comerciantes y carros escoltados que llevaban sin duda riquezas a su tribu.

Al llegar a las puertas de la ciudad, Sigmar proclamó su nombre y causando un gran revuelo entre la población, fue llevado a la Gran Sala del Rey Siggurd. El rey le saludó aparentemente encantado de su visita.

- Las tierras de los hombres se extienden desde Las Montañas Grises hasta las Montañas Centrales y desde la costa hasta las Montañas

del Fin del Mundo - dijo Sigmar -. Nuestra honorable raza vive tan segura en ellas como un buen vino en un cáliz de oro y nuestra fuerza crece a cada año que pasa. Sin embargo, entre nosotros luchamos como salvajes, e incluso nos ignoramos cuando pedimos ayuda. Todos estamos acosados por los mismos enemigos. ¿Podemos permitírnos el lujo de pelear entre nosotros?



El rey Siggurd escuchaba atentamente a Sigmar. Era un hombre sabio y astuto. Entendía las palabras de Sigmar y estaba de acuerdo con él. Sin embargo, intentaba sacar la mejor tajada del asunto.

- ¿Dices que las tribus vecinas deben ir en auxilio de las vecinas en caso de que estas pidan ayuda? - dijo Siggurd.

- De hecho, creo que no podemos permitir separar al rebaño y dejar que los lobos se apoderen de él.

- Por lo que he oído, eres un bravo guerrero - dijo Siggurd -. Tus tierras están protegidas con la fuerza de los brazos y el coraje del corazón.

- He librado muchas batallas - dijo

Sigmar - pero no es bastante.

- Entonces te felicito - Siggurd caminó hacia la chimenea -. Mi pueblo prospera menos mediante la fuerza y el coraje, pero más por la diplomacia y el comercio. Las granjas producen el alimento para los Asoborns y los Merogens.

Incluso los enanos mantienen negocios con nosotros, pues usan la cebada para hacer su cerveza. Esas gentes se han ganado nuestro favor a través del comercio, y gracias a ellas nuestras tierras son seguras. Pero algunas criaturas no atienden a razones y no les interesa buscar la paz a través del comercio. Cierto es que el mal no puede ser eliminado, pero un gran mal no deja vivir a mi pueblo y me siento incapaz de detenerlo. ¿Acudirás si te pido ayuda, Sigmar? Como dices, un hombre noble debe socorrer a sus vecinos cuando le pidan ayuda.

Sigmar cabalgó con el rey Siggurd y su guardaespaldas. Las montañas que se alzaban imponentes a su lado proyectaban una siniestra sombra sobre sus cabezas.

El verde de los campos dio paso a negro y gris, el paisaje se volvió oscuro y pedregoso. Se detuvieron en un río, en el que había un puente. Al otro lado de la orilla, el paisaje reveló unas casas en llamas, un pueblecito devastado por alguna clase de fuerza maligna.

Había sido un pequeño asentamiento pesquero. Los cobertizos estaban reducidos a cenizas y las casas estaban quemadas y ennegrecidas por el fuego. Los muelles habían sido destruidos por la fuerza del río. No

quedaba nadie con vida.

- Esto era Krealheim. Éste no ha sido el primer asentamiento destruido de esta zona - dijo Siggurd

-. No ha sido el primero, ni será el último asolado por la bestia.

- ¿De qué bestia hablas? - dijo Sigmar.

- Se llama Skaranorak - dijo Siggurd con voz queda, y toda su guardia personal hizo el símbolo de Ulric en su pecho -. Un ogro dragón.

Suponemos que ha sido expulsado de las montañas por los enanos matadores. Ahora vive en estas tierras y se dedica a quemar pueblos y asesinar a mi gente. Pero somos incapaces de detenerlo.

- Muchos de nuestros mejores guerreros han ido hasta la montaña para acabar con él, pero ninguno han regresado - dijo un guardia tristemente.

Siggurd puso la mano sobre el hombro Sigmar.

- Pero se dice que tú eres el más grande de los guerreros. Solo tú puedes vencer a esa bestia y salvarnos de su depravación. Si lo haces, te jurare lealtad eterna.

Sigmar agarró Ghal Maraz y miró a la aldea. Sus ojos posaban la vista sobre los restos ennegrecidos y carbonizados de las cabañas. Un pequeño barco pesquero estaba amarrado a la orilla del río. Era el único que quedaba intacto.

- Voy a matar a esta bestia para tí. Será un símbolo de la alianza entre nuestras tribus. Esperadme aquí. Volveré cuando haya matado a la bestia, o no volveré.

Sigmar condujo a su caballo a través de las rocas, mientras los

guardaespaldas le gritaban buena suerte y alzaban plegarias. Ninguno creyó que fueran a ver de nuevo a Sigmar.



Las nubes cubrían el cielo conforme se acercaba a los pies de la gran cordillera. El terreno ascendía poco a poco, y era árido, casualmente adornado con algún árbol seco o un matorral. Las nubes cubrían el cielo cuando Sigmar llegó a un paso de montaña. Una llovizna fría comenzó a caer cuando entró por el desfiladero y amarró al caballo a un tocón de árbol. Entró por el estrecho barranco y a medida que ascendía, la embarrada pendiente se hacía más pronunciada.

Después de dos días y noches de duro ascenso, Sigmar se metió por una grieta de la montaña y caminó por un oscuro y húmedo túnel, hasta que llegó al final. Salió a una abertura en la montaña por la que se veía el cielo, que estaba tiznado de negras nubes. Sigmar anduvo por la cornisa que rodeaba lo que supuso que era un volcán inactivo, aunque el vapor que ascendía desde abajo le impedía ver el fondo. Comenzó a bajar por el peligroso camino, hasta que estuvo lo bastante cerca del suelo. El foso estaba plagado de

huesos de ovejas, caballos, cabras, vacas y humanos. Estaba cerca de la guarida de Skaranorak.



Se deslizó de una roca a otra. El fuerte viento le impedía oír con claridad, pero unos guturales ronquidos llegaron a sus oídos. El rítmico sonido de la respiración se fue haciendo mas fuerte conforme Sigmar avanzaba por entre las rocas y los huesos.

Al fin divisó una cueva delante de él. Alrededor de la entrada, las rocas estaban ennegrecidas, como si un fuego infernal las hubiese castigado durante mucho tiempo. En la entrada de la cueva, dormido, estaba el ogro dragón Skaranorak.

Era de carne y hueso, pero era tan grande y tan musculoso que parecía estar hecho de la misma roca de la montaña. Su cabeza descansaba contra una piedra y la cara estaba tapada por el negro pelo. Tenía los ojos cerrados, pero Sigmar pudo ver, por una rendija, que el fuego palpitaba en sus ojos. Su espalda estaba adornada por una hilera de espinas, más grandes que una espada, y los rasgos faciales se asemejaban a los de un humano.

Sigmar podía sentir el cálido

aliento de su respiración. Tenía la boca abierta, dejando ver una grasienta fila de colmillos, tan largos como jabalinas.

Su torso tenía la misma forma que la de un hombre, solo que de un tamaño colosal, y aferraba una gigantesca hacha en su mano derecha. Tenía la piel de un color marrón rojizo, manchada de negro, cuatro poderosas piernas, gruesas como un roble, acabadas en garras. Sigmar estaba maravillado de su salvaje belleza.

"Los dioses me sonríen hoy - pensó -, podría matarlo mientras duerme. Pero me parece injusto acabar con su vida de una forma tan deshonrosa."

Los dioses escucharon sus palabras y vieron la oportunidad de probar la fuerza de Sigmar. ¿Cómo será de poderoso éste guerrero entre los guerreros? Si le permitían matar a Skaranorak mientras dormía, nunca podrían averiguar su fuerza, así que pusieron a prueba su plan.

La lluvia empezó a caer, suavemente al principio, pero se fue intensificando hasta que las rocas comenzaron a rodar empujadas por el agua. Las montañas desaparecieron tras una cortina de niebla gris, y un trueno resonó en el cielo.

Skaranorak se agitó y Sigmar aceleró el paso para acercarse más a él. Ahora podía ver más detalles de la bestia: el pelo negro que crecía en sus brazos, el color púrpura que adquiriría su piel cuando la luz se reflejaba en ella, los trozos de carne atrapados en sus dientes, el ancho cinturón de plata que le rodeaba la



cintura, las púas de la punta de su cola, que se agitaba nerviosamente.



Continuó andando y subió a la roca donde reposaba su cabeza. Alzó el martillo y se dispuso a estrellarlo contra su frente con toda su fuerza. En ese mismo instante, una ráfaga de viento cruzó el cubil y un rayo cayó al lado de Sigmar, que fue lanzado hacia atrás y cayó de espaldas en el suelo. Un trueno resonó por toda la cueva. El sonido despertó a Skaranorak.

Se levantó lentamente. Dos rayos le cayeron en el pecho, pero no parecieron afectarle en absoluto. Alzando los brazos y echando hacia atrás la cabeza, soltó un rugido a los cielos. Las rocas de la cueva temblaron y Sigmar tuvo que taparse los oídos con las manos. La piel de Skaranorak brillaba con luz propia, y dejó de bramar.

Sigmar se refugió tras una roca, y elevó una corta plegaria a Ulric. Salió corriendo de la cueva y Skaranorak, enfurecido, corrió tras él. La bestia era mucho más grande de lo que parecía estando dormido, parecía una montaña pequeña.

Golpeó un lado de la montaña y una lluvia de rocas cayó sobre Sigmar, y el terreno comenzó a temblar, por lo que Sigmar pensó que la montaña se le iba a caer encima. El aire tembló. Podía oír una tenebrosa risa haciendo eco por las paredes rocosas.

Sin saber que mas podía hacer, Sigmar se apostó detrás de una roca y esperó a que la bestia se le acercara. Estaba a punto de enfrentarse a una bestia legendaria, que había sobrevivido durante milenios, haciéndose mas fuerte a medida que el tiempo pasaba. A través de la lluvia pudo ver a la bestia acercándose. De su mente había desaparecido todo pensamiento excepto uno: matar a la bestia.

Lucharon durante horas. Sigmar saltaba de roca en roca, esquivando los ataques de la criatura, mientras Skaranorak destrozaba la montaña a cada golpe fallido. Después de muchas horas de duelo, ambos contendientes estaban cansados, pero la fuerza de voluntad de ambos les obligaba a seguir luchando. Tanto Sigmar como Skaranorak estaban sangrando por diversos cortes en su cuerpo. Así estuvieron durante un día y una noche. La meseta en la que habían batallado durante las ultimas horas estaba agrietada y destrozada. El eco de sus gritos de guerra resonaban por toda la montaña.

A medianoche del segundo día, Sigmar y Skaranorak estaban empapados en sudor y se fulminaban con la mirada el uno al otro.

La criatura saltó hacia él con una

velocidad sorprendente para su gran tamaño. Sigmar saltó hacia un lado para protegerse tras una roca. El martillo se le escapó de las manos, resbaladizas de sudor y lluvia. El golpe de Skaranorak partió la roca y Sigmar gritó de dolor, pues el ataque le había cortado un trozo de carne de la pierna, pero logró coger el martillo. Las runas de Ghal Maraz destellaban con la luz de la luna y Sigmar lo hundió en la pierna de la bestia. Skaranorak rugió e hincó una rodilla en el suelo. Sigmar y la bestia se miraron durante unos segundos a los ojos. Entonces Sigmar saltó a la cabeza de Skaranorak y se agarró a sus cuernos para no perder el equilibrio. Balanceó el martillo y se lo hundió en el cráneo.

Skaranorak gritó de dolor, y se agarró la cabeza. La sangre negra brotaba a chorros por la herida. Enfurecido, comenzó a buscar a Sigmar con la vista y el olfato, y pero éste saltó de la meseta. Skaranorak lo vio y cogió una enorme roca del suelo. Se la lanzó en un último intento de aplastarlo. Sigmar siguió deslizándose ladera abajo mientras le perseguía una lluvia de rocas. Corrió por la fisura de la montaña y atravesó la cueva de Skaranorak. Las piedras aun le seguían, y en el último momento, saltó a la cornisa de roca.

Pero Skaranorak le seguía y cayó sobre él como una avalancha. De un puñetazo, lanzó a Sigmar al otro lado de la caverna, y volvió a rugir de dolor, mientras la sangre le escurría por la cara y le cegaba. Sigmar se acercó a él y con un

poderoso barrido, le rompió las dos piernas, y Skaranorak, perdiendo el equilibrio e incapaz de mantenerse en pie, cayó cuan largo era. Aún agitaba las manos y arrojaba pedruscos a Sigmar.

Sigmar saltó sobre la bestia. Cuando estaba en la cumbre de su salto, balanceó su martillo y se lo hundió en la cara. Le pulverizó la nariz, le aplastó el cráneo y las astillas taladraron su cerebro.

La bestia alargó un brazo hacia Sigmar, haciendo un último esfuerzo por matarle. Pero la vida se le escapó del maltrecho cuerpo y el brazo cayó inerte al suelo. Tenía la cara desfigurada por el potente martillazo final, y un gran charco de sangre y cerebro rodeaba la cabeza de la criatura.

Poco a poco, Skaranorak, el azote de la tierra, señor de las montañas y el perímetro de los ogros dragón, murió sin emitir ni un solo sonido.

Agotado, Sigmar se sentó y lloró por el fallecimiento de esa poderosa bestia. Cuando sus lágrimas tocaron el suelo, la lluvia cesó.

Cuando Sigmar regresó a Siggurdheim, el jefe Brigundian se quedó sin palabras. Sigmar había cortado un diente de la boca de la criatura y lo había arrastrado tras de sí para demostrar la validez de sus palabras. El diente fue colocado en la plaza de la ciudad, como recordatorio de la alianza entre los Unberogens y los Brigundians. Pocos días después de su regreso a Siggurdheim, la historia de la batalla entre Sigmar y Skaranorak se había extendido por el Imperio, aumentando su reputación.



Plate V

# *La Batalla del Paso del Fuego Negro*

Y llegó el momento en que las fronteras de los hombres se convirtieron en lugares peligrosos, y el infortunio y la lamentación estaban personificadas en una mera verde que amenazaba desde el sur. Los orcos y los hombres combatieron durante muchos años y la guerra puso a prueba la fuerza de las tribus.

Sigmar y sus generales se esforzaron en contener la marea de pieles verdes, decidida a barrer a la raza humana de la faz de la tierra, y bajo su mando, habían conseguido empujar a los orcos y goblins tras los ríos Stir y Aver.

Pero las tierras entre las Montañas Negras y las Montañas Grises fueron invadidas por el enemigo, y la poca gente que logró salvarse dijeron que nunca se habían encontrado con un enemigo tan feroz. Los Merogens y Menogoths fueron sitiados en sus capitales, y los que lograron huir se dirigieron al norte, al abrigo de las pocas tribus

que aun permanecían sin invadir, como los Asoborns.

Sigmar y sus aliados derrotaron a muchas tribus de orcos y goblins, únicamente para enterarse de que otro ejército enemigo estaba entrando en otras partes de sus tierras. Nadie dormía apenas en esos tiempos, y Sigmar se preguntaba cuándo podría descansar sin ninguna preocupación. Wolfgart se quejaba de que casi no tenía tiempo para lavarse la sangre de orco reseca de la batalla anterior, cuando se encontraba de repente impregnado de más sustancia en la siguiente. Parecía que la marea de orcos nunca se acabaría.

Las tribus de los hombres olvidaron su antigua enemistad y luchaban juntos contra los pieles verdes, pero con cada victoria, los ejércitos humanos cada vez se debilitaban más y la esperanza comenzó a esfumarse como la arena de un reloj.

Cuando Sigmar tenía veintiséis años, la mayor parte de la gente

pensaba que el final del mundo estaba próximo. Viajó con la mayor parte de sus ejércitos y con muchos aliados. Sabía que debía detener el avance del enemigo en los puentes que cruzaban el río Stir o arriesgarse a la aniquilación de la raza humana.

Era el momento de que un hombre juntara todas las tribus a su alrededor, manejarlas como una espada y destruir a los pieles verdes, o por lo menos morir intentándolo.

- ¿Quién protege el puente occidental? - preguntó Sigmar.

- Los Cherusenus del Rey Aloysis - contestó Wolfgart.

Sigmar gruñó.

- Bueno, sus guerreros son muy rudos. Si alguien puede proteger el puente, es él.

- Si, además ha llamado a los hombres de las montañas.

- ¿Berserkers? ¡¡Ahá!! Ellos se la devolverán a los orcos con su misma furia. ¿Y el puente del este?

- Los Taleutens y los Asoborns.

- ¿Aguantarán?

Wolfgart carraspeó.

- Pueden. Yo preguntaría si ellos creen que aguantarán, mi señor.

- ¿Contra esos pieles verdes idiotas?

- Sigmar rió en silencio - La verdad, amigo, su carencia de fe me sorprende.

Desde donde ellos se encontraban, parecía que las tierras hubieran sido prendidas en llamas. Del horizonte al río había centenares de hogueras

de campamentos. El río Aver parecía una tortuosa grieta negra que reflejaba los anaranjados resplandores de un millón de lucecitas. Alrededor de las hogueras, los orcos y goblins cantaban y bailaban a sus primitivos dioses, comiendo carne y lanzando prisioneros a las llamas.



(i)

Sigmar y sus generales estaban de pie sobre una colina, rodeados por su guardia personal. Hacía mucho tiempo que se había puesto el sol tras las montañas. Habían mantenido a raya a los pieles verdes durante cuatro días, y durante aquel tiempo estuvieron mandando refuerzos al puente, negando así siempre el paso de los pieles verdes a través del río. Muchos habían agradecido al Rhya las lluvias oportunas, pues el cauce del río

Aver, por lo general tranquilo, estaba muy revuelto y bajaba con mucha fuerza. Así pues, la única ruta para entrar en el Imperio estaba a salvo mientras los Unberogens aguantaran las constantes embestidas. Pero Sigmar sabía que no sobraba el tiempo.

Con las fuerzas humanas concentradas en los pasos de montañas del sur, los orcos entraban libremente por otros puntos de las tierras de los hombres, con la intención de aplastarlos bajo sus botas. Con ese objetivo, se agruparon todas las tribus de pieles verdes. Cada día veía cómo más y más tribus de orcos y goblins engrosaban las filas del ejército enemigo, mientras que los humanos perdían cada vez más guerreros. Sigmar sabía que no podrían aguantar mucho más en los puentes, pero no estaba dispuesto a abandonar la guerra.

Cuando el alba despuntó, gris y débil, llegó un jinete, al que recibió Sigmar, que oteaba el campamento enemigo. Los arqueros orcos intentaban eliminar a los defensores del puente en ese momento, pero su puntería era muy mala y apenas hacían blancos.

- Poned las catapultas sobre aquella elevación y que abran fuego - le ordenó al jinete.

Se trataba de Svein, su mejor explorador y el jinete más rápido.

Sigmar sonrió y lo abrazó.

- Me alegro de verte sano y salvo, amigo. Tienes un aspecto terrible.

¿Acaso tu madre no te dijo que debías arreglarte antes de presentarte ante tu Rey?

Svein rió e hizo una reverencia.

- El deber es el deber, mi señor. He cabalgado sin descanso durante dos días y dos noches.

- ¿Hay noticias? - preguntó Sigmar. Si, señor. El Rey Kurgan atacará al amanecer del cuarto día después de las lunas nuevas.

- Eso es dentro de dos días.

Aguantaremos hasta entonces.

Gracias Svein, aún podremos hacer de ti un diplomático.

Después de dos días, el puente aún seguía a salvo. Al cuarto día después de las lunas nuevas Sigmar puso en marcha su plan. Al amanecer, envió a sus mejores guerreros para que cruzaran el puente. A los orcos les sorprendió, pero se repusieron pronto, pensando que esa maniobra era la típica de un humano desesperado.

Cuando los Unberogens trabaron combate con los orcos, Sigmar ordenó a sus arqueros y catapultas que abrieran fuego sobre los pieles verdes, que caían a cientos, pues estaban apiñados alrededor del puente. La muerte sobrevolaba las cabezas del enemigo. Los orcos, enfadados, regresaron al campamento para pedir más refuerzos y a Sigmar le dio un

vuelco el corazón cuando se escuchó el sonido de un cuerno de guerra en la retaguardia del ejército enemigo.

- ¡Adelante, hombres! ¡Nos encontraremos con nuestros aliados enanos sobre la llanura manchada de sangre de orco! - gritó.

El colérico ejército del Rey Kurgan Barbahierro cayó como un cataclismo por la retaguardia del ejército de pieles verdes. Atrapados entre el martillo de los enanos y el yunque de los Unberogens, los orcos fueron aniquilados. Los victoriosos ejércitos se separaron entonces, los enanos fueron hacia el este y los hombres hacia el oeste de la orilla del río para ayudar a las fuerzas aliadas que protegían los otros puentes.

La invasión piel verde fue detenida durante un corto tiempo, pero eso no era más que una escaramuza comparado con la batalla que se avecinaba.

Tras la victoria en los puentes del río Aver, las tribus aliadas se dedicaron a erradicar a los pieles verdes de las provincias del sur, reduciéndolos antes de que llegaran a la boca del Paso del Fuego Negro, donde miles de orcos habían sido destruidos, junto a muchos caudillos. Los humanos pensaban que sin un líder, los pieles verdes se disiparían por las montañas, abatidos y desmoralizados. Pero el

avance del vengativo anfitrión Sigmar, fue parado por un invierno duro y frío, los ejércitos casi se disolvieron, olvidando la defensa de las tierras del sur.

Las tierras de los Menogoths, los Merogens, los Halfings y los Brigundians estaban sumidas en el caos. Pueblos enteros habían sido borrados del mapa, cosechas quemadas y víveres y suministros derrochados. Muchos murieron de hambre, pero nadie se escapó ileso de las depravaciones; algunos habían perdido el hogar, otros, la familia, y muchos ambas.



Sigmar fue alabado por la desesperada gente y su nombre se hizo famoso por su piedad.

Tras el Día de los Difuntos - un acontecimiento particularmente sombrío y sentido ese año - Sigmar convocó una gran reunión en Reikdorf para hablar sobre los siguientes pasos. Fue conocido como el Consejo de los Once, y que estaba compuesto por Sigmar



Heldenhammer de los Unberogens y Teutogens - Sigmar se hizo el jefe de esa tribu al vencer al Ray Artur en combate singular -, el Rey Marbad de los Endals, el Rey Otwin de los Turingios, el Rey Aloysis de los Cherusens, el Rey Kurgar de los Taleutens, la Reina Freya de los Asoborns, el Rey Siggurd de los Brigundians, el Rey Markus de los Menogoths, el Rey Adelhard de los Ostragoths, el Rey Henroth de los Merogens y el Rey Wolfila de los Udots.

Estos grandes líderes buscaron la mejor forma de afrontar los problemas. Pocos de los allí reunidos - aparte de Sigmar - sabían que esa reunión anunciaba una nueva era de cooperación y amistad entre las tribus de la humanidad. Decidieron por unanimidad que todos irían a la guerra y que pasarían el invierno preparándose para la guerra que se aproximaba.

Los exploradores volvían con noticias devastadoras del sur, informando que muchos millares de orcos aun permanecían en las tierras y más aun se congregaban en las fronteras. Así pues, los jefes tribales regresaron a sus ciudades para protegerlas y prepararse para la batalla del verano siguiente.

Cuando se fueron todos los dirigentes, Sigmar habló con sus consejeros más cercanos.

- Esto no ha terminado ni por asomo . dijo Sigmar -. Los pieles verdes

quieren venganza.

- Debemos combatir en cuanto se pueda - gruñó Wolfgart -. Si se les ataca cuando no se lo esperan, serán nuestros y tendremos más oportunidades de vencer.

- Estoy de acuerdo con Wolfgart, noble señor - dijo Pendrag -. Pero les advierto que hemos perdido gran parte de nuestras fuerzas. Vamos a necesitar el apoyo de la lucha.

Sigmar asintió.

- ¿Y tú, Eoforth?

- Es de vital importancia tener a los hombres preparados y listos para luchar. Que se vayan con sus familias durante el invierno. Enviad exploradores a las montañas para tener siempre un ojo sobre los pieles verdes y mandad emisarios a todos nuestros aliados. Los enanos no van a olvidarse de la promesa. Cuando llegue la primavera, reúne los ejércitos.

- Muy bien. Nos prepararemos durante el invierno, para estar listos en primavera. Hasta entonces, estableceremos trabajos que hacer.

Durante la temporada de invierno, los Unberogens se habían preparado para la guerra. Sigmar había dado libertad a sus guerreros para que regresaran a casa con sus familias y se les ordenó acudir a Reikdorf en primer mes de primavera, con las espadas afiladas y los corazones endurecidos.



A lo largo de todas las tierras de los hombres, el cantar era en todos sitios el de los martillos golpeando las hijas y las chispas volaban por doquier como el acero templado.

Los caballos eran preparados y los domadores se pasaban día y noche cabalgando con los animales a través de las montañas para quitarles el miedo. Además, se habían construido lanzas de acero, el doble de largas que una lanza de infantería. Sigmar había quedado muy impresionado por esa innovación de los Taleutens. Un día, Sigmar se encontró con Pendrag en una colina. Había dos lanzas clavadas en la tierra, con un escudo de madera apoyado en cada una de ellas. Pidió a Pendrag hacer

una prueba con las nuevas lanzas de caballería. Así pues, montaron en sus equinos y se prepararon. Con un rugido Pendrag se lanzó a la carga, con la lanza agarrada sobre la cabeza a modo de jabalina - la típica técnica de los jinetes Unberogens - y lanzó el arma contra uno de los escudos apoyados en un árbol. La lanza se clavó en el escudo, dejándolo empalado contra el árbol.

Sin una palabra, el jefe Unberogen azotó a su caballo y se lanzó a la carga, sujetando la larga lanza debajo del hombro, directo contra el otro escudo, que se destrozó en mil pedazos.

Se ordenó entonces que todos los jinetes de la tribu aprendieran ese nuevo modo de empleo de la lanza.

- Con estas lanzas - declaró Sigmar -, destrozaremos las líneas de los orcos como si fueran ramas secas.

Varios espías fueron enviados a las montañas para recoger información sobre los orcos. Algunos regresaron, y todo ellos traían malas noticias.

De hecho, el peligro que se aproximaba era peor de lo que había estimado el Consejo de los Once.

Los orcos se habían reunido de nuevo, esta vez al este del Paso del Fuego Negro, pero no se trataba de una acumulación de diferentes tribus con sus propios jefes y sus conflictos internos. Esta vez los orcos y los goblins estaban reunidos en una gran horda dirigida por un poderoso señor de la guerra.

Dicho comandante, seguramente había aprovechado la confusión de los pieles verdes tras la derrota en los ríos Aver y Stir para formar una nueva horda a partir de todas las tribus. Los espías decían que las montañas se sacudían con el sonido de los miles de tambores de guerra y el aire vibraba con los ensordecedores bramidos de batalla.

Sigmar mandó emisarios para confirmar la participación de los diferentes jefes de tribu. Nadie faltó. Todos los hombres jóvenes y válidos habían acudido para defender sus tierras tras el duro invierno, dispuestos a acabar de una vez por todas, ya fuera para bien o para mal. Acudieron también muchas mujeres para luchar. Llevaban espadas largas, escudos y arcos cortos. De hecho, entre los guerreros de los Asoborns, Cherusens y Udoes, predominaban las mujeres, que destacaban por su furia y su destreza en el campo de batalla. Los gritos de guerra que proferían les daban una apariencia aterradora y salvaje, suficiente como para inspirar temor en el corazón más valeroso. Además, se cree que los hombres iban junto a sus esposas, hermanas e hijos para afrontar la muerte juntos.

Las fiestas se celebraron por todas las tierras de los hombres. Los pueblos se reunieron a la luz de las hogueras y comieron y bebieron, y

rieron y bailaron. Hubo mucha alegría, pero también se derramaron muchas lágrimas, pues muchos sabían que no volverían en otoño. Los hombres se despedían de sus esposas e hijos pequeños, antes de darles la espalda y marchar lejos.

Algunas tribus - los que no habían sido en el Consejo de Once - abandonaron a sus hermanos. Marius, Rey de los Jutones, maldito sea su nombre, se consideró seguro es sus tierras, cerca de las Marismas Baldías, y se negaron a mandar refuerzos para la guerra en el sur. Lo único que recibió Sigmar fue un arco de caza, símbolo de buena suerte, que rompió en el acto y se lo mandó de vuelta. Los Bretonii también se negaron a prestar ayuda. Creían que eso no les concernía y cruzaron las Montañas Grises y fundaron Bretonia, donde viven desde entonces.

Se hicieron sacrificios y festivales dedicados a los dioses de la guerra, Ulric y Myrmidia, a la diosa de la curación, Shallya, y al señor de la muerte, Morr. Cuando la primavera comenzó, los ejércitos de los hombres marcharon hacia el sur. Los caminos estaban repletos de enormes columnas de soldados armados con lanzas, espadas y vestidos con áureas armaduras. Los jinetes cabalgaban detrás de ellos, levantando una nube de polvo cerrando la comitiva. La Reina Freya cabalgaba

majestuosamente, con el dorado pelo recogido en un elegante tocado, escoltada por su guardia personal de guerreras. A través de los bosques, a ambos lados de la comitiva, caminaban los salvajes wolfskins.

El Rey Marbad marchaba escoltado por los salvajes hombres de las montañas. Eran hombres medio locos vestidos como animales que llevaban dos espadas. Se decía por el populacho que se bebían una mezcla fermentada de hierbas mezcladas con sangre de serpientes para sumirlos en un loco frenesí.

- Espero que me obedezcan durante la batalla - dijo Sigmar.

- No cuentes con ello, señor - respondió Pendrag -. Ellos no obedecen a nada ni a nadie, sólo al salvaje espíritu que reside en sus pechos.

- ¿Les has visto luchar?

- Si, y eso nunca se olvida. Marbad nos ha enviado un arma muy poderosa.

De esa forma, a mediados de primavera, las tribus de los hombres habían combinado sus fuerzas y se reunieron en el verde valle que había antes de llegar al Paso del Fuego Negro.

Martilladores, matadores, guerreros enanos y humanos, espadachines, berserkers, arqueros, máquinas de guerra, caballería pesada y ligera, exploradores, arqueros a caballo y

dos carros de caballos protegidos en la ladera de la montaña. La batalla estaba a punto de comenzar.

- Se ha reunido una buena tropa, amigo. Me alegro de que estéis con nosotros - dijo Sigmar al Rey Barbahierro -. Debiste tener una marcha difícil desde Karz-a-Karak.

- Nada impulsa más a un enano que la perspectiva de una buena lucha, excepto tal vez una buena cerveza.

Sigmar tomó esto como una sugerencia.

- Wolfgart, sírvele algo de beber al Rey Kurgan.



(iv)

- No te molestes. Lo siento, pero no me gusta ese meado de burra al que llamáis cerveza - el Gran Rey dio dos palmadas y unos enanos

pusieron sobre la mesa un enorme barril -. Yo traigo mi propio suministro.

- Nuestros pueblos están dispuestos a luchas juntos - dijo Sigmar -. Yo nunca habría creído que me hallaría aquí cuando era un niño que jugaba a guerreros en el mercado.

El Rey Barbahierro gruñó.

- Ya te enfrentaste contra los pieles verdes siendo un niño, no se si recuerdas - el enano le dio un largo trago a su jarra y se limpió la barba con el dorso de la mano -. Lo que aquí hablemos es solo la primera parte de la lucha. Tú tendrás que moldear la pelea con el ejército. No quiero que mis muchachos vayan a la batalla sumida en un caos.

- Mañana tendremos un consejo de guerra. Voy a nombrar a todos los jefes de tribu generales bajo mi mando - dijo Sigmar.

- No hablarás en serio... Son arrogantes, orgullosos y celosos.

- Confío en ellos - dijo Sigmar con firmeza.

- Espero que así sea, Rey Sigmar, espero que así sea.

Los jefes de las tribus estaban sentados alrededor de una mesa redonda colocada en medio del campamento humano y enano, así como el Rey Barbahierro. Wolfgart estaba detrás de Sigmar, de pie, observando el debate. Sigmar escuchaba atentamente a todo el mundo, con la barbilla apoyada en

una mano y la otra sobre Ghal Maraz.

El Rey Barbahierro pasó largo tiempo en silencio, bebiendo cerveza. A él le daba lo mismo. Sus enanos entrarían en combate cómo y cuando se lo dijeran.



(v)

La sangre se acumuló en las mejillas de Wolfgart cuando el Rey Adelhard de los Ostragoths habló de nuevo, la milésima vez ese día.

- Mis guerreros solo me siguen a mí, y yo no sirvo a nadie. ¿Por qué debo rebajarme a un mero espectador en la batalla más importante de nuestras vidas?

- No es rebajarte a un mero espectador, Adelhard, Tú estarás en

el grueso del combate con tus hermanos - dijo la Reina Freya.

- Yo solo pido que se considere mi estrategia - insistió Adelhard -. Y una oportunidad para empapar mi espada en sangre de orco.

- Tupuedes hablar de estrategia, viejo necio - dijo el Rey Siggurd -. Pero el Rey Sigmar debe tener el mando en todo momento o estaremos perdidos. Tienes mi voto de confianza.

Sigmar asintió en agradecimiento de la fe que comenzaba a mostrar Siggurd.

- Y el mío - dijo la Reina Freya. El Rey Barbahierro eructó y gritó, pidiendo más cerveza.

- No voy a entregar a mis hombres a nadie - dijo el Rey Marbad -. O se lucha bajo mi bandera y mi comando, ¡o no se lucha!

- ¡Entonces moriremos todos! - gritó el Rey Wolfila -. No me apetece ver mi hogar en manos de los orcos. Apoyo a Sigmar y con orgullo.

- ¿Y qué tiene que decir Sigmar? - dijo Marbad - ¿Qué ocurrirá si los orcos atacan ahora? ¿Qué haremos entonces?

Todos los ojos se dirigieron a Sigmar. Incluso el Rey Barbahierro había dejado de beber y miraba fijamente al Rey Unberogen. Sigmar se puso de pie. Agarró a Ghal Maraz con ambas manos, lo elevó sobre su cabeza y descargó un tremendo golpe sobre la mesa, que se hizo añicos. Saltaron astillas por todos

lados, y el Rey Kurgan se empapó con su propia cerveza. Todos volvían a mirar a Sigmar, asustados.

- Ésta es su caída - dijo -. Éste es el síntoma incurable de la enfermedad que nos corroe, y que el enemigo nota. Los orcos están unidos en nuestra contra, mientras que nosotros estamos divididos. Nuestro mundo será destruido como ésta mesa, a menos que nos aliemos y enfrentemos juntos esta amenaza.

Sigmar caminaba alrededor del círculo formado por los jefes de las tribus humanas.

- Seguidme, haced lo que os digo, y puede que sobrevivamos. Seguid vuestros caminos, y moriremos todos.

- Esa si que es una buena manera de poner fin a una reunión diplomática - dijo Wolfgart con una sonrisa.

Sigmar no pudo hacer otra cosa sino reír. Se sentó en una silla y bebió de un trago un jarro de cerveza, para celebrar el recién reconocido cargo de general supremo. Cada jefe había sido nombrado general de sus propias tropas, pero todos siguiendo las ordenes de Sigmar en el campo de batalla.

El Rey Barbahierro no podía dejar el mando de sus tropas a un humano, porque iba en contra de sus ideales y sus principios, pero el Rey Kurgan prometió obedecer las ordenes de Sigmar y centrarse en la

estrategia.

La ofensiva se realizaría al día siguiente por la mañana. El olor a guerra y muerte se mezclaba con el del humo, la carne asada, el aceite y el incienso, olores casi tan tangibles como el frío y el temor.

Sigmar removi6 la hoguera que ardía a su lado con un palo y elev6 una plegaria a Ulric.

- Gran Lobo, dios de la guerra y la furia en la batalla, préstame la fuerza de tu brazo, el valor de tu corazón y el fuego de tus entrañas para que mañana siga vivo y pueda prevalecer la raza de los hombres - Sigmar cogió cuatro corazones de buey, que estaban impregnados de aceite sagrado, y los tiró al fuego, donde comenzaron a chisporrotear y a silbar -. Acepta my ofrenda con la promesa de más, si por tu gracia salimos victoriosos.

Se levantó y caminó hasta el borde de la colina. Eoforth estaba sentado en un tronco caído, mirando el cielo nocturno. A su alrededor había decenas de aves.

- ¿Un buen presagio? - preguntó Sigmar.

Eoforth siguió mirando a los pájaros.

- Vuelan hacia el sur. Emigran cada año. ¿No lo sabías, mi señor?

- Si, lo sé. Por tanto, no es un presagio.

- Por lo general, vuelan al sur en otoño, mi señor, pero ahora apenas

hemos entrado en primavera - se puso en pie y caminó por la colina -. Están dejando las tierras de los hombres debido a la amenaza. Lo mismo que vas a hacer tú.

Y se marchó, dejando a Sigmar con un gran temor en su corazón.

El día siguiente amaneció claro y nítido, y el valle entre las montañas se lavaba con la luz del pálido sol matinal. El campamento de los hombres estaba en plena actividad, preparando el desayuno de carne, queso y pan negro. Los soldados se abrochaban las armaduras con ayuda de sus camaradas, otros afilaban sus armas. Había grupos hablando y riendo, pero todos los rostros eran máscaras de temor cuando giraban la vista hacia las montañas y el paso que las cruzaba.

El Rey Barbahierro llegó hasta donde se encontraba Sigmar. Dejó su martillo de guerra sobre un cojín y él se sentó en el suelo.

- Buen día para matar orcos, ¿no crees? - preguntó, antes de dar un gran trago de cerveza -. El aire se llenará con los gritos de aquellos desafortunados que hayan sido relevados de la vida - el enano escupió -. El césped será la tumba de los caídos - acarició su martillo de guerra -. Y duro será el metal con el que realizaremos la tarea. Como decía, hoy es un buen día.

Sigmar nunca había visto al viejo Rey Kurgan tan alegre y le llenó de



alegría ver que así era.

- Te veo preocupado, humano - dijo Kurgan -. ¿Te has pasado la noche aquí?

- Así es, Rey Kurgan - dijo, cabizbajo -. He estado luchando toda mi vida. No me resulta extraña la guerra, y la muerte ha cabalgado sobre mis hombros tan a menudo como yo he cabalgado sobre un caballo, desde el día en que mi padre me puso a prueba en la batalla.

Barbahierro asintió y pidió más cerveza, intuyendo que iba a ser una larga perorata.

- He luchado contra otros hombres, contra las bestias y mutantes de los bosques, contra los orcos, goblins y trolls. Nunca me ha faltado el coraje y jamás he pecado de cobarde. Sin embargo, hoy es distinto. Hoy seré juzgado por mis dioses y si muestro un solo ápice de debilidad, todos mis hombres morirán y la raza humana estará condenada a la extinción. Rey Barbahierro, ¿qué consejo puedes darme antes de enfrentarme a mi destino?

El venerable enano se acarició la barba, pensativo, y eructó con entusiasmo.

- Señor Sigmar, quizás para un jefe tribal resulte demasiado. La batalla, como la vida misma, es un simple negocio. Primero les atraes a la trampa y luego les golpeas como quieras. No pienses en las consecuencias. Si el día va mal, con

algo de suerte no nos tendremos que preocupar por lo que ocurra después. Vamos, amigo, tenemos una guerra que ganar.



(vi)

El Paso del Fuego Negro se precipitaba sobre Sigmar como una boca hambrienta. La gran garganta por la que estaba cruzando el ejército ofrecía un terreno traicionero y peligroso. La suave hierba que cubría las delicadas ondulaciones de las colinas acababa de repente, para dar paso a la roca desnuda, poblada únicamente por algunos árboles muertos y cantos rodados dispersos. Los pies de las montañas delimitaban el valle por los lados, como si fueran a aplastar a cualquiera que osase cruzar el paso.

Una exploradora Asoborn había trepado por la ladera de una

montaña y, escondida tras una roca, pudo ver que las tierras que brillaban verdes y amarillas por el sol, eran engullidas por una enorme sombra negra. Una cortina de polvo indicaba la congregación de un terrible ejército. El ejército de Sigmar cubrió por completo el ancho del paso con sus tropas, como si se tratase del flujo de un río seco alimentado por la lluvia. Ya se podían oír la pesada marcha de los orcos y el sonido de sus gritos de guerra.

Sigmar marchaba a la cabeza de su ejército, escoltado por todos sus generales. Vió cómo la Reina Freya hacía el símbolo de Taal y besaba el medallón consagrado a Shallya, antes de montar en su carro.

- ¿Regresó alguno de los otros exploradores? - preguntó Sigmar.

- No, señor, pero no necesitamos exploradores que nos digan que el enemigo está cerca. Se oyen a leguas, el viento trae su sonido - dijo Pendrag.

- Si, amigo - Sigmar sonrió con ironía -. Y también recuerdo que nunca debería permanecer en la dirección del viento cuando los orcos estaban cerca. Mi nariz me dice que no lo estamos.

El Rey Barbahierro marchaba junto a sus enanos, al lado de los Unberogens, que iban en el centro con Sigmar. Se gritaban órdenes y los guerreros obedecían al momento, con una meticulosa

perfección y sin demorarse. Los himnos de guerra eran atronadores, y resonaban por todo el Paso del Fuego Negro, creando ecos que reverberaban por todas las montañas. Voces, tanto de hombres como de mujeres, acompañaban a los tambores y a los cuernos de guerra, y el aire se colmó de canciones que relataba las intenciones de los humanos de derrotar a sus enemigos.

Jamás se había visto un ejército tan grande como ese, la combinación de todas las tribus y a la cabeza de todos ellos, el hombre más poderoso que jamás ha existido. Sigmar bajó de su caballo de guerra preferido, que llevaba una áurea barda en la que se representaba la carga de un jabalí y el cometa de doble cola.

Las paredes del Paso del Fuego Negro estaban presionando al ejército por los flancos, hasta tal punto que tenían que ir reagrupándose continuamente. Los sonidos de los tambores se escuchaban cada vez más cercanos. Los caballos cada vez se ponían más nerviosos, pateando el suelo y relinchando. Sigmar acarició a su corcel y le susurró algo al oído, y el caballo se calmó.

El olor que traía el viento por el paso era pesado y rancio. Sigmar lo conocía muy bien. Era el olor de las pieles verdes. Los cuervos y buitres sobrevolaban el desfiladero, sin

duda atraídos por el olor de los orcos. Eso, y la promesa de un festín al terminar la jornada.

Sigmar levantó la mano.

- ¡Detened la columna!

Pendrago hizo sonar su cuerno, y cada general se encargó de hacer soplar sus propios cuernos para hacer detenerse a los guerreros de sus tribus. El sonido de miles de botas marchando se detuvo a la vez que el sonido de los cuernos y todos pudieron escuchar ahora los bramidos, aunque distantes, de los orcos. aunque los orcos estaban delante suyo, parecía que venían de todas partes, debido al eco de las montañas. Unas nubes grisáceas comenzaron a cubrir el cielo y al tapar el sol, bajó la temperatura.

- El tiempo está con nosotros - dijo Sigmar -. ¡Preparaos para la batalla!

Sonaron de nuevo los cuernos y los ejércitos humanos y enano se pusieron en acción. Los generales y sus capitanes iban de un lado para el otro dando órdenes a sus guerreros. el plan había sido cuidadosamente preparado y discutido, y Sigmar se había asegurado de que todo se llevaría a cabo según lo acordado.

- Señor, tu debes venir al Peñasco Cabeza de Águila. Ahora que los soldados están posicionados, debes dirigirlos desde fuera.

Sigmar dio la vuelta a su caballo sin decir nada y las filas de hombres se abrieron para dejarle paso.

Levantó un puño como saludo y suerte, y los hombres vitorearon a su gran líder. Sin embargo, Sigmar se sintió muy mal. Siempre había dirigido a sus hombres desde la primera línea, conduciendo personalmente a sus soldados a la refriega. Su propio cuerpo era un lienzo de cicatrices que lo aseveraban. Aun así, sabía que era más importante dirigir a sus guerreros desde lo alto, pues esta batalla decidiría el destino de la humanidad. Así pues, debía dirigir a su ejército desde el Peñasco Cabeza de Águila, donde tenía total visión del campo de batalla.

El Peñasco de Cabeza de Águila se llamaba así porque antiguamente había sido una fortaleza enana desde la que se podía observar todo el Paso del Fuego Negro, como si se estuviera en las alturas.

Una vez llegó a la cumbre, observó el panorama. Su ejército se extendía a lo ancho del paso, por la zona más estrecha, que aún así tenía una anchura de unas dos millas. El paso estaba ligeramente inclinado, más en el norte, por lo que el ejército de Sigmar estaba en la parte más baja de la cuesta. Sus flancos estaban protegidos por las abruptas paredes del paso, que se inclinaban de manera que pocos podían escalarlas. Sigmar estaba maravillado, viendo cómo las guerreras Asoborns escalaban por la vertical pared con

la gracilidad de un gato y la precisión de una cabra, con los arcos colgados a la espalda. Otras guerreras se habían apostado un poco por delante de la línea de batalla, escondiéndose en grietas de las paredes de roca o del suelo. Sigmar sabía que como arqueros no tenían par, y pensaba utilizar todo su potencial. Tras unos minutos de bullicio, el ejército terminó de prepararse, y sus ojos convergían en Sigmar.

El sonido de los tambores cada vez se hacía más fuerte, y las paredes del desfiladero vibraban, haciendo desprender pequeñas rocas. Aunque por delante el paso parecía tranquilo, los rugidos y aullidos de los pieles verdes indicaban lo contrario.

Su ejército había desplegado a lo largo de todo el desfiladero. La infantería estaba delante. Sigmar había colocado a los mejores guerreros Unberogens en primera línea, como tropa de choque, mientras que el resto de sus guerreros se habían quedado tras la línea defensiva de rocas. Detrás de ellos, estaban cientos de arqueros, catapultas y reservas, dispuestas a tapar cualquier posible grieta en la línea de batalla.

Sigmar podía ver claramente todo esto desde el Peñasco Cabeza de Águila, pero aún faltaba poder ver al enemigo.

- Espero que los exploradores

regresen pronto - dijo -. Tengo que saber cuál es la fuerza de mi enemigo. ¿Y si no somos lo bastante fuertes? ¿He de mandar a los guerreros a una muerte segura? - No puedo responder, señor - dijo Eoforth -. Pero yo confío en tu juicio por encima del de todos los hombres.

La caballería estaba formada en uno de los flancos, y ocupaban casi media legua de la línea de batalla. El centro de la línea de caballería estaba compuesto por los mejores jinetes Unberogens y Taleutens. Iban vestidos con sus mejores atuendos de guerra, y los caballos llevaban elegantes bardas hechas de placas de hierro y cuero. Los jinetes que estaban situados en el otro flanco del ejército eran los de la Reina Freya, que dirigía también una escuadra de carros. Los capitanes y generales cabalgaban de arriba a abajo de la línea de batalla, dando instrucciones y enardeciendo los corazones de los hombres. Por detrás de primera fila estaban los locos fanáticos, los berserkers, espaderos, cortadores de cabezas, hechiceras y brujas, escupidores de fuego, y los guerreros de las montañas, que iban cubiertos de pieles de oso, como si fueran animales y no humanos. Los gemidos de las brujas y hechiceras eran aterradores. Se mecían de un lado al otro, murmurando cosas sin sentido, hasta que los chillidos

crecieron tanto que traspasaban las almas de los allí congregados.



Los cortadores de cabezas, sin embargo, estaban en absoluto silencio. Esos hombres, que habitaban en el sur de las Montañas Centrales, iban ataviados con faldas de cuero hechas con cabezas cortadas a las que habían incrustado pinchos, con la intención de usarlos como mazas. La noche antes de la batalla, los cortadores de cabezas habían absorbido el cerebro de las cabezas cortadas y se los habían esparcido por todo el cuerpo. Luego, el jefe de la tribu les había dado un beso en los labios a cada uno para ahuyentar a los espíritus malignos. Después se sentaron en el suelo y se pasaron la noche meditando.

Los escupidores de fuego bailaban al son del tambor y las flautas,

alrededor de las llamas. Eran artistas de la calle, que se dedicaban a actuar en las fiestas o en las plazas de los pueblos. El amor que profesaban por su trabajo hicieron que se tatuaran el cuerpo con intrincados dibujos con fuego, quemando su carne hasta marcarla.

Los fanáticos estaban desnudos. Se habían afeitado todo el pelo de su cuerpo y su imberbe piel estaba cubierta de pintura azul. Se frotaban los ojos con cenizas, lo que les confería una macabra apariencia de calaveras. Llevaban escudos llenos de pinchos, con los que aporreaban a sus víctimas a la par que se protegían.

Los espaderos iban armados con sus famosas garranchas, unas enormes espadas que se manejaban con las dos manos, y que eran tan altas como ellos. Algunos afilaban los filos con una piedra, otros jugaban a los dados sobre un escudo, aprovechando, pues probablemente al día siguiente estarían muertos.

Los wolfkins acariciaban a sus osos, mientras se zarandeaban de delante hacia atrás, mientras elevaban plegarias a Ulric en voz alta. Cada uno de ellos iba ataviado con la piel de un animal diferente, aunque casi todas eran de oso o lobo, y usaban máscaras hechas con el cráneo de los mismos animales. Llevaban atados a las muñecas largos cuchillos de hueso, que se

asemejaban a garras. Algunos gruñían, y otros rugían, cada uno con los sonidos propios del animal al que representaba.

Pero fueron los berserkers los que demostraron ser los más extravagantes guerreros del ejército. Iban casi desnudos, únicamente ataviados con unos calzones de cuero, pero con decenas de correas que les serpenteaban por todo el cuerpo, y todas ellas plagadas de pinchos. Llevaban el pelo al viento, sucio y enmarañado, pero adornado con huesos y colmillos. Algunos llevaban rastas, y otros usaban una mezcla de ceniza y sangre para darse forma al pelo en forma de cuernos a los lados de la cabeza. Llevaban espadas y escudos muy grandes. Reunidos en un círculo, los extraños guerreros bebieron de los odres que llevaban y por las comisuras de sus labios cayó un líquido oscuro y espeso.

- Están bebiendo la sangre de sus enemigos - explicó Eoforth -. Lo hacen antes de cada batalla. Mezclan en la sangre una hierba alucinógena que les imbuyen en un estado de frenesí total. No hay que tomarles a la ligera.

Los berserkers comenzaron a temblar, a rechinar los dientes, y poco a poco comenzaron a hincharse de furia.

- Me pregunto qué harán los orcos contra ellos - comentó Sigmar.

Los berserkers habían formado

ahora una línea dispersa por delante de la caballería. Avanzaron hacia delante, agitando sus armas y mordiendo sus escudos hasta que les sangraron las encías.

El viento cambió de rumbo y por un momento el Paso del Fuego Negro quedó sumido en un silencio total, interrumpido únicamente por los repiqueteos de las lanzas, espadas y escudos y los gruñidos de los animales que las tribus habían adiestrado para esa batalla: jabalíes, osos, lobos, mastines y halcones en su mayoría. Mientras tanto, los cuervos y buitres seguían planeando sobre el paso, ansiosos por darse un banquete.

Las tropas ya estaban todas colocadas. La caballería y las tropas de choque estaban en la primera línea de batalla, con la caballería ligera, los carros y los hostigadores en los flancos. La infantería, colocada en el centro del ejército, se componía de regimientos de lanceros y piqueros. Estas tropas eran muy poderosas en un ataque frontal, pero muy vulnerables a los ataques por los flancos, por lo que se ordenó a los espaderos protegerlos. El resto de infantería estaba colocada detrás, preparada para tapar las secciones que se podían romper. Detrás estaban los arqueros, parapetados detrás de los paveses y con decenas de flechas a sus lados. Los arqueros Endals

habían formado un poco más atrás, para tener mejor altura y poder disparar sus flechas incendiarias. en la reserva quedaban más espaderos, lanceros y caballería pesada. Una línea de catapultas cerraba el ejército, situadas cerca del Peñasco Cabeza de Águila para poder abastecerse de rocas que usar como proyectiles.



(viii)

El Rey Barbahierro estaba junto a sus enanos, que habían formado al lado de los Unberogens, portando grandes mazos de guerra. Llevaban cascos cilíndricos con una máscara tallada en la parte delantera. Iban cubiertos de arriba a abajo por armaduras de un metal oscuro, al igual que los escudos. En su conjunto, los enanos parecían una pared de hierro imposible de atravesar. Sigmar sonrió al ver al Rey Kurgan llamar a los portadores de su barril de cerveza, que le

acompañaba a todos lados.

Sigmar se sintió satisfecho.

Cuando el viento volvió a cambiar de dirección, volvió a traer el sonido de los tambores y rugidos, y las armas entrechocando con los escudos. Por el otro extremo del desfiladero se comenzó a ver una nube de polvo que se elevaba hacia el cielo y que estaba cada vez más cerca. Los hombres se lamieron los labios resecos y se quitaron el sudor de la cara. El sol había vuelto a aparecer entre las nubes, y las armaduras pesaban cada vez más. Lo único que podían ver los guerreros era el hombre que tenían a sus lados, enfrente y la alta columna de polvo en la distancia.

- Esta es la peor parte, la espera - dijo Sigmar.

- No sé qué decir - dijo su amigo -. Cuanto más esperemos, más tiempo seguiremos vivos.

Fue entonces cuando los exploradores regresaron. La primera en llegar fue una exploradora Asoborn. Se escuchó un lejano "crack", el sonido que hace una catapulta al ser disparada, y una forma apareció por encima del desfiladero. Cayó con un golpe sordo delante de la guardia personal de Sigmar, liderada ahora por Pendrag y Wolfgart. La miró con tristeza, pues ni Shallya, la diosa de la curación, podría hacer algo por ella. Más sonidos de catapultas



sonaron distantes, y el cielo se llenó de cuerpos de hombres gritando, gritos que nadie que los hubo escuchado pudo olvidar jamás. Algunos se estrellaron contra la primera línea de batalla, y otros cayeron en medio del ejército, tirando a los guerreros al suelo y partiendo lanzas.

Comenzó a temblar la tierra y sonaron los cuernos de guerra de los orcos. Las piedras comenzaron a caer con más violencia por las paredes del paso hasta que, de repente tuvieron la primera visión de los orcos. Primero se vio una línea de carne verde y furia. Bajaban por el redondeado afloramiento, cubriendo la distancia rápidamente, a medida que aparecían más y más pieles verdes. Llevaban el cuerpo adornado con pinchos, como si no conocieran otro atuendo, y unos escudos de madera muy gruesos. Sus ojos rojos denotaban una furia contenida, a punto de ser liberada. El silencio se hizo entre las filas de humanos, y Sigmar se sintió maravillado por su disciplina. Aunque, por un momento, una punzada de duda se le clavó en el corazón.

Detrás de los orcos aparecieron decenas de trolls. Sus rostros eran feos, y se notaba su estupidez con solo mirarlos, pero Sigmar sabía que eran enemigos muy peligrosos cuando se encontraban en medio de una refriega. En sus manos llevaban

hachas y mazos hechos con huesos, rocas o restos de armas. Muchos llevaban asquerosos adornos, como calaveras, peces o cadáveres humanos en descomposición. Gritaban y rugían, mientras los orcos les obligaban a avanzar.

Por entre los orcos había miles de goblins y snotlins. Iban vestidos con harapos remendados de malas maneras, estaban sucios y olían a estiércol.

A medida que bajaban corriendo, muchos orcos cayeron rodando ladera abajo, haciendo tropezar a los pieles verdes que venían detrás. De esa forma se formó una verdadera avalancha de cuerpos rodando y girando por la ladera directos a los humanos. Pero ni siquiera las bajas que tuvieron los orcos, incluso antes de entrar en combate, les frenó un ápice. Por los flancos cabalgaban goblins montados en enormes lobos hambrientos, sistema que los orcos solían utilizar con sus monturas de guerra para que se volvieran más feroces en la batalla.

- Hoy va a ser un día muy largo - comentó Sigmar.

Apenas había entrado una cuarta parte del ejército orco en el desfiladero, y ya estaban lo suficientemente cerca para ver los detalles: casi todos llevaban colmillos en la nariz o en las orejas, sus escudos mostraban tres espigas y los cadáveres desmembrados

colgaban de los estandartes. Los orcos formaron a media legua de los humanos, adaptándose a la anchura del paso. Sigmar podía ver que sus filas eran mucho más profundas que las de los humanos, ¿y quién sabía cuántas tropas más tendrían en la reserva?

Sigmar observó cómo los goblins subidos en arañas gigantes caminaban a ambos lados de las paredes del desfiladero.

- Seguro que las exploradoras Asoborns sabrán apañárselas - pensó Sigmar.

Los orcos, de repente, callaron. El sonido de los tambores se detuvo, los pieles verdes dejaron de insultar y gruñir a los humanos, y los goblins se encogieron de miedo. Un rítmico batir de alas se escuchó en el paso, y un grito de terror brotó de los labios de los humanos cuando vieron aparecer una gran sombra negra por encima de las montañas.

Parecía un pájaro, pero cuando se hubo acercado más, se dieron cuenta de que era mucho más grande y tenía las alas membranosas. El sinuoso cuello plagado de púas sostenía una gran cabeza con cuernos y una hilera de dientes amarillos e irregulares. En la punta de la cola tenía unos enormes cuchillos de hierro, que usaba para mutilar a los enemigos cuando barría su cola, pero que en ese momento descansaban, enroscada la cola alrededor de sus patas traseras.

Aterrizó en el borde de un precipicio, y un rayo de sol arrancó un destello verde y amarillo de las escamas del enorme reptil. Gruñó y sacudió la cabeza, y sus pequeños y ambarinos ojos se posaron en las filas de los hombres.

Se trataba de una serpiente alada, sobre cuya espalda cabalgaba un enorme señor de la guerra orco. Sigmar jamás había visto un orco tan grande, y no podía darle otro apelativo más adecuado que grotesco. Tenía la cabeza hinchada, desproporcionadamente grande comparada con su cuerpo, que no era precisamente pequeño. Sin duda, era el más grande de los de su especie. Ambos se quedaron mirando un rato el ejército enemigo y luego levantó el hacha. Los pieles verdes rugieron y comenzaron a entrechocar sus armas con los escudos, o contra las cabezas de los goblins más cercanos. Los trolls agitaban sus armas en el aire, sin tener cuidado con los orcos a los que pudieran golpear, que no fueron pocos. Los lobos rugieron y los goblins, viendo la inmensidad del ejército piel verde, comenzaron a chillar también, henchidos de orgullo, y haciendo gestos obscenos a los humanos que estaban delante de ellos. El estruendo que provocaron fue tan atroz que Sigmar tuvo miedo de que sus hombres se amedrentaran.

- Así que ésta es la criatura que

quiere invocar una tormenta de sangre que ahogue todo lo que se interponga en su paso. Toca el cuerno - ordenó a Eoforth.

Una larga y clara nota resonó por todo el desfiladero. Los ojos de los humanos se dirigieron a Sigmar, que estaba en el Peñasco Cabeza de Águila. Aferró a Ghal Maraz con fuerza y cuando habló, su profunda y firme voz llegó a todos los rincones del Paso del Fuego Negro.

- Hoy es un día importante, pues nos enfrentamos a nuestro mayor enemigo. No hablo de esa chusma piel verde allí reunida, hablo del temor que nos da el pensar en el futuro. Ahora mirad a vuestra derecha y observad a vuestro camarada. Protegedlo con vuestro escudo. Asomad por los huecos las lanzas y las picas y mantened firme la línea. Las tribus de los hombres no perecerán si trabajan unidas. Alzad las espadas y plantad cara a aquellos que nos han desafiado durante tantos años. ¡Dejemos atrás las disputas del pasado y unámonos para salvar nuestras tierras!

Los soldados rugieron mostrando su aprobación, y también comenzaron a entrechocar las armas con los escudos. Cuando se volvieron hacia el enemigo, sus rostros ya no reflejaban temor. Anclaron las lanzas y las picas firmemente en el suelo y se protegieron con los escudos. Los espaderos desenvainaron sus armas,

algunos chuparon los filos, otros los besaron.

Los orcos se parapetaron tras sus escudos, alzaron sus oxidadas armas y rugieron. Los goblins comenzaron a coger piedras del suelo para meterlas en los bolsillos, sin duda con el objetivo de lanzarlas contra el enemigo, pues tenían una cruel sonrisilla en sus feas caras.



(ix)

Fueron los berserkers los que comenzaron la liza. Sin recibir una palabra de mando, los cuatrocientos hombres corrieron hacia el centro de la línea de los orcos, corriendo más rápido que cualquier caballo, babeando y espumajeando por la boca, al tiempo que agitaban sus espadas y hachas en el aire. Los asustados goblins comenzaron a cargar sus arcos con flechas, y dispararon. Sin embargo, los berserkers aún se hallaban a demasiada distancia. Volvieron a cargar los arcos y dispararon de nuevo. Aunque esta vez sí que estaban a distancia de tiro, los goblins fallaron en todos sus

disparos, pues estaban temblando de miedo ante la furia de esos humanos, que querían sangre e iban a conseguirla. Los goblins trataron de cargar otra vez sus arcos, pero temblaban tan violentamente que apenas podían tirar de la cuerda.

Los hombres, que tenían la faz encendida de furia y gritaban enloquecidos, estaban ya encima de ellos. Los aterrados goblins dispararon por última vez, mas no dio ninguno en el blanco. Los berserkers cargaron con la furia del poderoso dios Ulric, y con la velocidad de un rayo se internaron en el pelotón de orcos, cortando gargantas y cabezas, y brazos y piernas, sin detener en ningún momento su empuje. Los aterrados goblins se asustaron de tal manera que tiraron las armas y se tiraron al suelo, para evitar los furiosos golpes de los berserkers. Muchos se quedaron paralizados donde estaban, creando pequeños charcos en sus pies.

Sigmar quedó impresionado por el poderío de tan pequeño contingente, los destrozos que esos frenéticos hombres podían infligir entre tantos enemigos. Pudo ver cómo la línea de batalla de los orcos comenzaba a desmoronarse. Los jefes orcos comenzaron a bramar y a golpear a los orcos para que se reagrupasen y no permitieran avanzar a los berserkers.

- Así que no es una horda muy disciplinada - dijo Sigmar con satisfacción al ver al señor de la guerra orco desmontar de su enorme montura y gritar órdenes a los jefes.

Pero daba igual. Una vez que los orcos recibían el olor de la sangre nada podía detenerlos. Sigmar vio la oportunidad de ganarles un asalto.

- Enviad a la caballería, que rompan las lanzas y regresen, en grupo, así sucesivamente - dijo.

Eoforth tocó el cuerno con una nota muy baja, lo que significaba que la caballería debía de cargar. Los jinetes gritaron, y Sigmar pudo ver cómo Pendrag y Wolfgart ponían las lanzas en ristre.

- ¡Adelante, mis valientes Unberogens! - gritó, y su voz resonó por todo el desfiladero.

La caballería avanzó, con las bardas repiqueteando contra las armaduras de los jinetes.

Los berserkers combatían contra los orcos en una enfurecida lucha, salvaje por ambas partes. Los hombres apenas se diferenciaban de los ogros, con las mandíbulas abiertas en atronadores gritos, los ojos desenfocados, ciegos por el ardor de la batalla, y empapados de sangre. El jefe de los berserkers, Ulfdar, era el que más pieles verdes abatía. Con cada golpe de su brazo, un orco o un goblin caía, incluso a los que golpeaba con el escudo caían, con profundas heridas abiertas en el pecho a causa de las

cuchillas que tenía el escudo.

La furia de los berserkers estaba complementada con su gran habilidad en el combate, y Sigmar estaba maravillado viendo cómo abrían una enorme brecha en el ejército orco.

Durante los primeros minutos de la batalla, el espacio abierto favorecía a los berserkers, pero las filas de los orcos comenzaban a cerrarse sobre ellos, y no podrían hacer nada cercados por esa marea verde. Los berserkers, atrapados en su lujuria, no se dieron cuenta del peligro que corrían.

Sigmar vio a la caballería avanzando hacia el enemigo.

- Son demasiado lentos - murmuró -. Son demasiado lentos.

Sigmar saltó sobre su caballo y antes de que sus consejeros pudieran hablar, dijo:

- No voy a dejar que mis hombres se enfrenten al enemigo solos.

Pendrag había colocado la lanza bajo el brazo y entornado los ojos. Sus oídos se llenaron con el sonido de los truenos y los gritos de los hombres. A su izquierda vio a los hombres protegerse con el escudo para repeler una lluvia de flechas, pero la mala puntería de los pieles verdes y el grueso acero de las armaduras contribuyeron a que nada les ocurriera.

Un caballo apareció de repente a su izquierda. Se trataba de Sigmar.

Todos los jinetes le vitorearon en cuanto se dieron cuenta de que estaba ahí, con su resplandeciente armadura brillando a la luz del único rayo de sol, los ojos brillantes debido a la inminente pelea, y su martillo Ghal Maraz aferrado en su mano derecha.

- ¡Los dioses te recompensan con rayos y truenos! - le gritó Pendrag.

Los berserkers habían acabado con todos los orcos de la primera fila, y ahora lamían la sangre de sus armas, durante un breve respiro que recibieron.

Los orcos estaban revolucionados. Lo único que veían era una fila de caballeros en plena carga acercándose a ellos. Habían mandado a más orcos para fortalecer la línea de batalla. Los jefes gritaban órdenes y golpeaban a los que no obedecían con los escudos. Algunos hicieron caso y se prepararon para afrontar la carga de los caballeros, pero no reaccionaron a tiempo. El señor de la guerra vio, horrorizado, cómo la caballería chocaba contra la línea de su ejército, que se partió como una rama seca. Las pesadas lanzas de acero penetraron la carne verde con tremenda facilidad, y al no partirse, aprovechaban el ímpetu de la carga una y otra vez. De esa forma, la línea de batalla de los orcos volvió a resquebrajarse.

Sigmar golpeó a un orco en la nariz con su escudo, que cayó al

suelo. Balanceó a Rompecráneos y lo estrelló en la cara de otro orco, que salió despedido hacia arriba gracias al poder de las runas del martillo, y cayó sobre un grupo de goblins, aplastándoles.

El impulso de la carga había acabado y ahora los humanos luchaban en un estrecho y sucio desfiladero formado por orcos. Los jinetes cambiaron las lanzas en favor de las espadas, martillos y hachas, y el aire se llenó de gritos, gruñidos, sudor y sangre.



Sigmar combatía con Wulfgart a su izquierda y Pendrag a su derecha, un poco separados del resto, como si no necesitaran ayuda. Wulfgart refunfuñaba con cada golpe y

Pendrag rugía como los orcos

En ese momento Sigmar pudo ver cómo el grueso de su infantería avanzaba, y la caballería ligera cargaba hacia el flanco de los orcos, pero era una insensatez, pues carecían de armadura para sus caballos y del poder devastador de las lanzas de caballería.

Los caballeros comenzaron a retroceder. Las lanzas que habían dejado caer los hombres al suelo tras la carga habían sido recogidas por los pieles verdes, que ahora las usaban para pinchar a los caballos y tirar a los jinetes de las monturas. Los orcos comenzaron a avanzar por encima de los cuerpos de sus caídos y se lanzaron a por el flanco izquierdo de la caballería de los humanos. Pero en ese momento entró en acción la infantería.

Los cortadores de cabezas comenzaron a lanzar sus macabros misiles hacia los orcos, que se clavaban en su carne y, a continuación, cargaron con todas sus fuerzas, usando como mazas dos cabezas de orco llenas de pinchos de acero. El cielo se llenó de proyectiles de fuego. Ni las armaduras, ni las hachas, ni las mazas podían detener los inflamables proyectiles que lanzaban los escupidores de fuego.

La ferocidad del ataque hizo que la línea de los orcos se tambalease peligrosamente. Viendo esa debilidad, Sigmar tocó su cuerno

para alentar a los hombres a que redoblaran sus esfuerzos. Le dio un vuelco el corazón cuando vio a la Reina Freya atravesar la línea orca sobre su carro, despachando orcos con su espada mientras las cuchillas de las ruedas hacían otro tanto. Y durante todo ese tiempo, sus guerreras habían estado lanzando flecha tras flecha con una precisión abrumadora. Los orcos comenzaron a retroceder en desorden.

- ¡Adelante, mis guerreros! - gritó la Reina Freya - ¡Eliminad esta marea verde de nuestras tierras!

Los carros dispersaron a los orcos que quedaban en la primera línea de batalla, y se adentraron mucho en el ejército piel verde. Acosados desde todos los lados, los orcos comenzaron a desmoralizarse.

Sigmar estaba triunfante, cabalgando sobre una alfombra de cadáveres. Sus guerreros se pusieron muy animados al ver a la Reina Freya abrir una brecha descomunal en las filas de los orcos. Sigmar levantó el martillo en el aire y rugió al cielo. Se puso de pie sobre los estribos de su caballo y le lanzó un desafío el general de los orcos.

El enorme caudillo, inmóvil en su montura, miraba a su adversario. Como respuesta, levantó el hacha sobre su cabeza y luego la bajó hasta los jinetes. La línea de batalla de los orcos comenzó a avanzar. Sigmar se dio cuenta de que el ejército de orcos al que acababan de

derrotar era solamente una avanzadilla de una fuerza mucho mayor. Se vanagloriaba de la victoria, pero apenas había sido una escaramuza.

Wolfgart miró a Sigmar, frotándose nerviosamente el codo en el que Sigmar le había golpeado años atrás.

- Simplemente están probando nuestra fuerza, señor - dijo Wolfgart -. Por Ulric, será difícil predecir el mañana.

Sigmar miraba el sólido muro de escudos que avanzaba pendiente abajo.

- Esto es trabajo para la infantería. Pon a la caballería en la segunda línea. Es hora de poner a prueba la entereza de las tribus pieles verdes - dijo.

Sigmar se limpió la sangre de orco de la cara y permitió que Eoforth le vendara un brazo herido.

- Señor, te pido que permanezcas lejos del combate. Te necesitamos para dirigir la batalla desde aquí.

- No voy a quedarme aquí parado mientras mis hombres y mujeres luchan contra la muerte, sin poder demostrar que yo también estoy dispuesto a aceptar el mismo destino

- Sigmar tomó un largo trago de aguardiente, se enjuagó la boca y escupió el líquido teñido de sangre -. Además, no puedo sentir el flujo de la batalla si no estoy luchando.

Miró hacia abajo, pues estaba de nuevo en el Peñasco Cabeza de Águila. El sol relucía sobre sus



cabezas, tiñendo el desfiladero con tintes rojos. Después de la emocionante carga del primer encuentro, la lucha se había vuelto brutal. Los orcos y los humanos estaban enzarzados en pleno combate, y ninguno parecía ceder terreno.

La primera línea de guerreros resistía estoicamente, con las lanzas en ristre y los escudos protegiendo a su camarada de al lado. Detrás de la primera línea, el resto de guerreros empujaba con las lanzas por encima de primera fila, asestando lanzadas inesperadas a los orcos.

Los capitanes bramaban órdenes desde la parte trasera, instando a los guerreros a avanzar. Los humanos estaban tan apretados que, cuando los hombres eran asesinados, se quedaban erguidos, como si continuaran luchando.

Sigmar podía ver la línea de sus guerreros, que era un hilo en comparación con la de los desorganizados orcos. Las flechas volaban continuamente sobre las cabezas de los hombres. No se necesitaba puntería, pues los pieles verdes estaban tan apiñados y eran tan numerosos que siempre hacían blanco.

La sangrienta batalla duró toda la tarde, y las estrellas comenzaron a aparecer en el cielo, que se estaba volviendo de un azul profundo. Hasta el momento los combatientes

habían mantenido más o menos su posición inicial, y avanzaban continuamente sobre los cadáveres de los caídos para continuar luchando. Los humanos y los enanos habían infligido terribles daños a los orcos, pero los pieles verdes continuaban llegando para ocupar el lugar de los muertos.

A veces, las filas de infantería se abrían para dejar paso a una carga de caballería, con el objetivo de dar un pequeño respiro a los soldados y abatir muchos guerreros orcos al mismo tiempo. Luego, los caballeros regresaban tras la infantería y cerraban filas de nuevo.

Al pasar las horas, sólo se oía el sonido del acero chocando. Los hombres apenas aguantaban la posición. Muchos habían caído inconscientes debido a la fatiga, y se encontraban ahora en la tienda de las sacerdotisas de Shallya, curando sus heridas. Las reservas se redujeron peligrosamente, y la línea de los humanos y enanos cada vez era más delgada.

Sigmar se negó a permanecer detrás de las líneas, así que saltó a la refriega allí donde la batalla era más dura, en los puntos donde parecía que se iba a desmoronar la línea humana. Una vez que afianzó el flanco izquierdo donde estaban los Menogoths, se dirigió a socorrer a Marbad, de los Endals. toda su guardia personal había muerto, y Sigmar llegó en el momento justo

para evitar que una jauría de lobos hambrientos le devorasen. Sin embargo, uno de los goblins que iba sobre un lobo especialmente grande, disparó una certera flecha en su cuello, causándole la muerte. Con un revés de su martillo, arrancó al goblin la cabeza del cuerpo.

De esa forma, de pie sobre el cuerpo del Rey Marbad, defendiéndolo para que no fuera devorado por los lobos, tomó una decisión. Había llegado el momento de poner fin a esa masacre de una vez por todas.

Retrocediendo, Sigmar se acercó a un caballo enorme y gris, detrás de la línea de batalla. Se quitó la sangrienta armadura y montó en el equino. Cabalgó hasta una elevación y espoleando al caballo, saltó sobre la línea de hombres, girando a Ghal Maraz en un círculo de muerte.

Su cuerpo pronto quedó salpicado de sangre negra de orco. Los pieles verdes avanzaron, dispuestos a detener a ese loco humano, pero Rompecráneos hería con una fuerza demoledora, y Sigmar lo empuñaba con gusto. Todos los que fueron testigos de ese extraordinario acto comenzaron a luchar con las fuerzas renovadas, gritando "¡Sigmar, Sigmar!", grito que retumbó por todo el desfiladero.

Los generales vieron lo que Sigmar había hecho, y ordenaron a todos los refuerzos avanzar y apoyar a la línea de batalla. Era el momento de

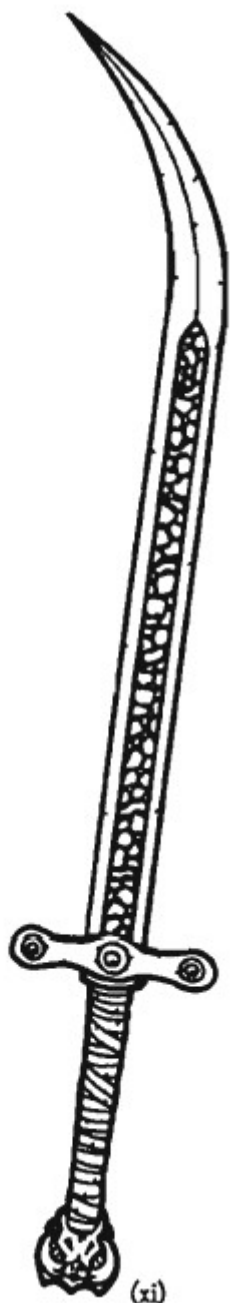
ajustar cuentas con los orcos, pues la batalla colgaba de una balanza que oscilaba, indecisa. Los caballeros se prepararon y calmaron a sus caballos, preparándose para la carga final.

Ghal Maraz oscilaba furiosamente, rompiendo cabezas a diestro y siniestro. Las runas que había grabadas en la cabeza del martillo brillaban con un resplandor ígneo, alimentadas sin duda por la sangre del enemigo. Sigmar luchaba con la fuerza de un nuevo dios. Sus brazos, hinchados por el esfuerzo, no cesaban de moverse de un lado a otro y su corazón ardía como el mismo fuego alimentado por el azufre. De esa forma se abrió camino hacia el señor de la guerra, dejando tras de sí una sangrienta franja sanguinolenta.

Los trolls fueron la parte más dura, no para Sigmar, sino para el caballo, que se mostraba reticente a avanzar entre esas bestias. Sigmar, sin embargo, no mostraba ningún temor. Les aplastaba el cráneo con la misma facilidad que a los orcos. Pronto los orcos comenzaron a apartarse de su camino a medida que avanzaba, aunque Sigmar continuaba matando a todo aquel que estuviera a su alcance. Las fuerzas de los orcos comenzaban a flaquear.

Los generales de Sigmar también se lanzaron a la carga junto con toda la caballería, y seguidos por la

infantería. Los berserkers bramaban mientras partían huesos y cráneos por igual, mientras los mastines de guerra los remataban cuando estaban en el suelo. Toda la línea de orcos comenzó a retroceder.



Pero la alegría no duró mucho, pues el señor de la guerra orco despegó, montado sobre la serpiente alada, y volar hacia Sigmar, que

estaba solo, rodeado de todo un ejército de pieles verdes.

Sigmar estaba tan empapado de sangre que no sabía si era suya o de sus enemigos. Había caído al suelo, pues su caballo había muerto de agotamiento, pero Sigmar apenas se dio cuenta. Se levantó del suelo y comenzó a luchar contra los orcos que se le echaban encima. Con cada barrido del martillo caía media docena de orcos, y poco a poco se formó una montaña de cuerpos, sobre la que estaba subido Sigmar. Parecía poseído por algún dios benigno a la vez que uno maligno le proporcionaba la fuerza mediante una impía rabia.

Los orcos tenían que escalar la montaña de cadáveres para poder llegar al guerrero humano, pero ninguno llegaba siquiera a alzar el arma, y de esa manera la montaña de cadáveres seguía aumentando con cada golpe de martillo. Parecía una sombra sobre una montaña, pues iba cubierto de la negra sangre de orco, y lo único que se veía de él eran los ojos y el blanco de los dientes.

Y de repente los orcos dejaron de atacar. Los pieles verdes que cercaban la montaña de cadáveres se apartaron y todos se sumieron en un silencio sepulcral, únicamente interrumpido por los cada vez más cercanos gritos de los orcos, humanos y enanos que seguían combatiendo. Una sombra enorme y

alada cayó sobre Sigmar.

Miró hacia el cielo y vio la amenaza, encarnada en la piel de un señor de la guerra orco, montado sobre una serpiente alada. El líder de los hombres levantó su martillo y esperó, con expresión sombría. El reptil alado cayó sobre Sigmar como una flecha, con las fauces abiertas y las garras delanteras extendidas, dispuestas a reclamarle. Sigmar apenas se movió, con una finta, esquivó los colmillos de la serpiente alada y le incrustó el martillo en el cráneo.

La gigantesca bestia aterrizó en el montón de cuerpos, emitiendo un lastimero gruñido. Le manaba sangre de la cabeza, pero seguía con fuerzas para luchar. Sigmar avanzó hacia el monstruo, pero resbaló con la sangre y cayó rodando por la montaña de cuerpos. La serpiente alada no desaprovechó la oportunidad y se lanzó a por él.

El caudillo orco rugió, triunfante, pues ahora el potente arma que aquel insignificante humano iba a ser suya.

Una jabalina surcó el aire y se clavó en el costado de la bestia, seguida de otra. Los hombres aparecieron por encima del montón de cadáveres orcos, gritando salvajemente y blandiendo sus armas. Sigmar pudo ver volar por el cielo un hacha Unberogen, un

martillo Teutógen, las flechas de los Endals y los Asoborns, pesados mazos de los Cherusens y lanzas de caballería, pertenecientes a los Taleutens. De esa forma, todas las tribus se unieron para acabar con la amenaza, tal y como Sigmar les había pedido, y habían acabado con la serpiente alada, que ahora yacía en el suelo.

El señor de la guerra orco estaba atrapado entre los poderosos músculos de su montura, y Sigmar, al verlo, se lanzó a por él.

Impotente, el señor de la guerra admitió la derrota con un gruñido y dejó de forcejear para liberarse de su prisión. Sigmar alzó a Ghal Maraz sobre su cabeza y lo hundió en el cráneo del caudillo orco, provocando una ducha de sangre, huesos y cerebro.

Durante un momento, el silencio reinó por todo el Paso del Fuego Negro y, a continuación, los hombres descansaron, mientras los pieles verdes huían, debido a la muerte de su líder. Sin una palabra, Sigmar y todos los hombres los siguieron para destruirlos completamente.

Así, el mayor ejército de orcos que se había visto sobre la faz del mundo, fue derrotado por la primera alianza entre las tribus, y el Imperio de la humanidad fue forjado.

# *Sigmar combate a Nagash, Señor de la Muerte*

Después de la Batalla del Paso del Fuego Negro hubo mucha alegría, el pueblo de Sigmar sabía que su tiempo de lucha había terminado. El Reino de Sigmar era uno solo, y todas las tribus estaban bajo su mando. Fue coronado Emperador por el Sumo Sacerdote de Ulric y la tierra creció gracias a la sabiduría del Gran Rey.

Pero la paz no había llegado aún, pues el hombre todavía tenía muchos enemigos.

Sigmar había oído decir que la Corona de Hechicería, un poderoso artefacto que concedía gran fuerza y sabiduría al soberano que llevaba, había caído en manos de la temible bruja Morathi, que la había tomado del cuerpo de su anterior propietario, Kadon, a quien ella asesinó.

La torre en la que el noble Kadon había practicado su arte místico, era ahora una ennegrecida torre bajo un cielo siempre lleno de nubes tormentosas. Oscuras fuerzas acudieron a Morathi y su maligna influencia se extendió muchos



(i)

kilómetros a la redonda.

Por lo tanto, Sigmar reunió un ejército, que asedió la torre de Morathi. Durante muchos días los ejércitos humanos lucharon contra el de los muertos, hasta el propio Sigmar partió la puerta de hierro en dos y se reunió con Morathi en la parte superior de la torre. Fue una

lucha temible, Sigmar peleó con su martillo, y Morathi con su magia.

Al final, Sigmar expulsó a Morathi de la torre y huyó sobre su negro pegaso.



Sigmar obtuvo la Corona de Hechicería para sí mismo y su poder aumentó. Todos se maravillaron ante las joyas estrelladas de la corona, que ahora adornaba la frente de Sigmar. Pero los rumores de éste maravilloso artefacto habían viajado mucho y habían llegado lejos, a la tierra al este de Arabia, donde los largos huesos de los reyes habían

abandonado sus sarcófagos. Nagash el Cruel, Señor de la Muerte, escuchó que la Corona se había encontrado y reunió a sus ejércitos. Era su Corona forjada por su artesanía en una edad pasada, y deseaba poseerla de nuevo para poder extender la mano fría de la muerte por todo el mundo.

Su ejercito marchó sobre las tierras del Imperio, y su ejercito aumentaba constantemente, a medida que los muertos se levantaban de sus tumbas. Ninguno antes que él había inspirado tanto terror en los corazones de los vivos. Muchos murieron sólo con su terrible visión.

Su maldición se propagaba sobre la tierra y aislaba pueblos y ciudades antes de estrangular a sus indefensos ciudadanos. El sol se ocultaba tras las nubes de murciélagos. Uno por uno, los pueblos del Imperio iban cayendo.

Sigmar sabía lo que quería Nagash, y por qué. Pero, ¿cómo podría vencer a ese poderoso enemigo? Esos guerreros no eran orcos, meros animales que podían ser destruidos con lanzas y espadas. Estos eran no muertos y el miedo era su principal arma. Sigmar no sabía qué hacer. En pleno invierno, negro como una sombra, el ejército de Nagash cayó sobre Reikdorf. No tenían carne ni músculo, los ojos vacíos y andares torpes. Los esqueletos marcharon en filas, mientras hacían tintinear las armas de extraño diseño. Sus cráneos sin ojos estaban adornados con pintura azul. Los vampiros galopaban en sus corceles, con sus fríos ojos fijos en Reikdorf y la nariz llena con el olor de la sangre.



Reikdorf estaba llena de refugiados que habían huido ante la invasión del ejército de Nagash, y la calle estaba llena de pueblerinos aterrados que elevaban plegarias a sus dioses.

Nagash estaba ante las puertas. Parecía etéreo, debido a su túnica andrajosa, cubierta de runas. Un extraño humo fluía hacia abajo desde su enorme boca para envolver sus pies. Flotaba sobre el terreno. Los insectos de la tierra se posaban sobre él: gusanos, cucarachas, arañas y ciempiés. Nagash sopló hacia la puerta y la madera comenzó a resquebrajarse, como si fuera hielo pisado por cascos de caballo.

- El hombre no es más que ganado -  
siseó.

El pueblo de Reikdorf empezó a pudrirse y los aldeanos tuvieron miedo. Sigmar sabía lo que tenía que hacer. Dejó el Gran Salón y su gente se reunió en torno a él: guerreros, exploradores, asesores, agricultores, mujeres, niños, comerciantes, leñadores, artesanos y todos aquellos que aún tenían sangre en las venas, y cuando habló, su voz se escuchó en todos los rincones de la ciudad.



- Pueblo de Reikdorf - dijo -  
Estamos sitiados por un ejército de muertos. Nagash el Cruel, el Primero de los Nigromantes, ha venido aquí a tomar la Corona de

Hechicería, con la que esclavizará todas las tierras de los vivos. Por lo que a mí respecta, no voy a permanecer al margen y permitirle hacerlo. Sé que el temor os consume por dentro como una serpiente, pero la sangre que corre en nuestras venas es caliente y vibrante, nuestras almas son libres y no somos esclavos de nadie. Son esos cadáveres, los que están al mando de ese temible hechicero, los que nos tienen miedo. Tomad vuestras armas y seguid adelante conmigo para hacer frente a ese inhumano ejército. Juntos vamos a derrotarles y les enviaremos a las tumbas de las que proceden. ¡Luchad, Unberogens, luchad para mi!

Así, Sigmar corrió a través de la multitud y ordenó abrir las puertas. Corrió, con Ghal Maraz en sus manos, y se enfrentó a los no muertos con una furia vengadora latiendo en su corazón. Detrás de él corría su pueblo, nobles y campesinos, ancianos y niños, que cargaron detrás de Sigmar, y lucharon hombro con hombro, con coraje en sus corazones y los gritos de guerra en sus labios.

Toda la noche combatieron y aunque las bajas fueron muchas, nada pudo atemorizar a los Unberogens. Sigmar siempre estuvo en el centro de la batalla, con la Corona de Hechicería brillando en su frente y su martillo partiendo

huesos.

Cuando la batalla se encontraba en su punto álgido, los dos líderes se reunieron, el Señor de los Hombres y el Señor de la Muerte. Y fue una batalla titánica, Nagash con su larga espada afilada como la muerte y Sigmar con Ghal Maraz. Pero tal fue la rabia de Nagash al ver la corona refulgiendo en la frente de Sigmar, que alargó un brazo para cogerla, y Sigmar aprovechó para cortarle la mano con un rápido golpe de su martillo y girándolo de nuevo, lo estrelló contra la cabeza descarnada de Nagash.

Sin su oscuro maestro, el ejército se convirtió en polvo, que fue repartido por toda la tierra, llevado por el viento, y la invasión de Nagash a las tierras de los hombres había fallado.

Sigmar fue anunciado como el nuevo salvador de la tierra y presidió el recién fundado Imperio con brazo de acero y corazón de hierro. Los hombres sabían que no podrían ser derrotados con un hombre como Sigmar al frente.

Los años pasaron y muchos peligros que se alzaron fueron derrotados, pero después de un tiempo, Sigmar sabía que había llegado el momento de apartarse de él. Y así llegamos a la final en la historia de la vida de Sigmar.



# *Sigmar deja el Imperio*

Llega un momento en que la vida de todo hombre debe terminar. Por lo tanto, pondremos fin a este libro con la última historia. Es el más simple de sus hechos y, sin embargo, el más misterioso. Es la historia de Sigmar, cuando nos dejó, con el fin de que pueda regresar una vez más cuando nuestra necesidad sea mayor. Nadie sabe a ciencia cierta cómo Sigmar decidió marcharse, aunque era ya mayor y sus años y las incontables batallas le habían restado fuerza y vigor. En ese fatídico día cogió a Ghal Maraz y salió del Gran Salón. Sigmar pasó por delante de Wolfgart, que reía recordando alguna broma de tiempos pasados. Siguió el camino hacia la plaza, donde la gente intercambiaba mercancías, y charlaba alegremente. El ambiente olía a carne asada, y los niños jugaban en la calle, como él había hecho en su juventud, años atrás. Siguió caminando calle abajo, mientras hombres y mujeres hablaban de chismorreos, o de la comida que estaba preparando para la cena.

Los carros traqueteaban cargados de las mercancías que traían prosperidad y riqueza a la ciudad. A

ambos lados, los campos de cultivo estaban llenos de hombres y mujeres que sembraban las semillas. Los niños corrían detrás de ellos, golpeando tambores y gritos para asustar a los codiciosos cuervos que volaban en círculos alrededor de sus cabezas.

Una vez en el bosque, giró hacia el este, hacia las montañas. Pasó cerca de decenas de trampas que los cazadores colocaban para capturar conejos y aves. Cerca había un campamento de cazadores, armados con arcos, y protegidos por unos cuantos perros de caza. Pero las fieras no percibieron el olor de Sigmar, y dio gracias por pasar inadvertido. Cuando salió a campo abierto, en dirección este, no estaba solo. A su izquierda corría un gran lobo gris y a su derecha un enorme jabalí con los colmillos negros.

Cuando Sigmar llegó a la cima de la colina, se dio vuelta. Bajo él se extendía una vasta extensión de bosque, cortado en todas las direcciones por carreteras. Cada ciudad, pueblo y asentamiento estaban conectados. Los viajeros y comerciantes se movían igual que las hormigas sobre ellos, y permitían la difusión de noticias. Las tropas de guerreros y caballería en puestos cercanos a los caminos



permitían que los comerciantes y mensajeros se pudieran trasladar de forma segura. El humo se elevaba alto en el cielo, producido por los hornos y forjas que los enanos habían instalado en las ciudades, que cada vez eran más grandes, y Sigmar podía ver en esas columnas de humo negro todo el poder de la civilización humana.

Gracias a él, las tribus se unieron en una causa común. Siempre había enemigos a los que combatir, pero era mucho más fácil vencerlos si las tribus cooperaban entre si. Sigmar miró lo que había forjado con su fuerza, su astucia y su valentía, y sabía que su trabajo había llegado a su fin. Había llegado el momento de

que otros pudieran tomar posesión de su mandato y forjar un impresionante Imperio. Se colgó a Ghal Maraz de la espalda. Para él aún quedaba un ultimo viaje que realizar.

Se encaminó hacia los grandes salones del Rey Enano Kurgan, su amigo y aliado. Se dirigió hacia ellos sin mirar atrás, sin mirar los resultados obtenidos a través de grandes hazañas, coraje y mucho derramamiento de sangre y dolor.



Y así fue como Sigmar, el valiente, el unificador de hombres, El que Empuña el Martillo, partió hacia las montañas, para unirse a sus ancestros en el Panteón de los Dioses.



(Plate VI)

# *Apéndices*

## **Apéndice 1**

Plate I - El nacimiento de Sigmar

Plate II - La Batalla del Puente de Astofen

Plate II - Sigmar recibe a Ghal Maraz

Plate IV - Sigmar combate contra Skaranorak

Plate V - La Batalla del Paso del Fuego Negro

Plate VI - Sigmar deja el Imperio

## **Apéndice 2**

### **El guerrero y la tierra**

(i) Hacha de doble filo - Un hacha típica usada en la era de Sigmar. Nótese el diseño de serpiente en la hoja.

(ii) Sacerdote de Ulric - Durante las fiestas, los sacerdotes de Ulric se adornaban con pieles y salían a la calle para recibir regalos a cambio de bendiciones, tal era la tradición.

(iii) Lobo - Una personificación de Ulric, el dios de guerra. Los lobos son temidos y respetados, y muchos guerreros se adornaban con sus pieles en la batalla para que les diera fortuna y fuerza.

### **El nacimiento de Sigmar**

(i) Mujer Sabia - Se creía que este tipo de mujeres eran capaces de predecir el futuro, curar enfermedades, echar maleficio y, en ocasiones, incluso adoradas como diosas.

(ii) Caníbal Scirianii - Estas grimosas criaturas habitaron la mayor parte de las tierras de alrededor del río Reik, viviendo una existencia salvaje y comiendo la carne de sus propios congéneres cuando otro alimento era escaso. Tras la Purga de Redmane Dragor, casi todos se habían extinguido.

(iii) Ghal Maraz - El arma mítica que el Rey Kurgan Barbahierro le

entregó a Sigmar en agradecimiento por haberle rescatado de los orcos. Todos los enemigos del Imperio temen ese martillo, y las poderosas runas enanas grabadas en él se encargan de que así sea. Ghal Maraz es considerado uno de los símbolos del Imperio.

(iv) Criminal siendo marcado - La ley y el orden eran muy severos en la época de Sigmar, pues se creía que el castigo debería ser tan malo como el crimen. Esto era muy común entre los Brigundias que, por ejemplo, para castigar a un ladrón de ganado, le marcaban con el mismo hierro ardiente que se usaba para marcar a los animales del rebaño que ha tratado de robar. Después de eso, se le obliga a vivir entre el ganado hasta que llegara el tiempo de la matanza.

### **El martillo y la colina**

(i) Asentamiento humano - La mayor parte de pueblos en el tiempo de Sigmar eran un cúmulo de chozas y cabañas construidas con piedras, madera y paja, rodeadas por una empalizada. Los edificios más importantes, como los establos o el Gran Salón estaban contruidos en el centro del asentamiento.

(ii) El destripamiento - Una forma tradicional de ejecución en la tribu Cherusen se trataba de cortar el abdomen de la víctima viva y

quitarle los intestinos. La muerte era insoportablemente dolorosa.

(iii) Asentamiento - La mayor parte de gente que trabajaba la tierra llevaba delantales simples hechos con tela muy áspera. Su sustento dependió del tiempo y la generosidad de la tierra, y cuando comenzaron a obtener frutos, comenzaron a mostrar mucho respeto por los dioses de la naturaleza.

### **Sigmar y el jabalí Colmillonegro**

(i) Pesca con lanza - Un método común de coger peces en muchas de las tribus era usar una lanza o un palo con la punta afilada. El pescador se metía en el agua y esperaba a que pasara un pez por delante suya. Entonces, con la velocidad y la exactitud de una serpiente, le empalaba con la lanza.

(ii) Sigmar y Colmillonegro - El encuentro de Sigmar con Colmillonegro ha sido descrito muchas veces por pintores y escritores a lo largo de los años. En algunos lugares se dice que el animal era un oso, pero realmente era un enorme jabalí negro de ojos rojos.

(iii) Caza - La caza era un pasatiempo popular de la nobleza, y era también - y así sigue siendo en nuestros tiempos - una forma importante de poner alimento sobre

la mesa.

(iv) La muerte y el glotón - Era muy importante honrar a los dioses y darles gracias cuando había alimento de sobra, para que de esa forma nunca les faltara comida. La muerte espera a todos aquellos que consigan alimento para ellos solos y que se den un festín sin dar las gracias a los dioses.

### **La Batalla del Puente de Astofen**

(i) Festejos - Era muy típico hacer banquetes en honor a los dioses, a los muertos o a las victorias en la guerra. An aquella época, las comidas tradicionales eran muy ricas y algo picantes, cuyos vestigios aún se pueden encontrar en las zonas más rurales del Imperio.

(ii) Arquero a caballo Unberogen - Los jinetes Unberogens eran los mejores caballeros, después de los Taleutens. Los arqueros montados podían enfrentarse al enemigo, lanzando flechas sobre durante la carga y luchando con gran habilidad cuando llegan al combate cuerpo a cuerpo.

(iii) El estandarte de Sigmar - El estandarte de batalla de Sigmar iba allá donde Sigmar fuera, sostenido por su mejor guardaespaldas, Pendrag.

(iv) Guerrero Taleuten - Eran guerreros resistentes, expertos en la lucha con martillos, incluso a

caballo.

(v) El baile del oso - El ajeteo y la diversión de las calles eran entonces como las de ahora. La atracción favorita era en oso que bailaba.

(vi) Guerrero del Norte - Los hombres salvajes de los territorios del Norte eran jinetes expertos. Estos feroces merodeadores a menudo realizaban incursiones para saquear, quemar, asesinar y violar. El Rey Björn los combatía constantemente.

### **Sigmar y el Rey Barbahierro**

(i) Orco - El látigo de la humanidad. Sigmar luchó contra estas inmundas bestias en multitud de ocasiones.

(ii) Casco de la guardia personal de Sigmar - La guardia personal de Sigmar llevaba una armadura fonamente adornada y cascos con la forma de la cabeza del jabalí Colmillonegro. La artesanía de los Unberogens era la mejor del Viejo Mundo, debido a su estrecha relación con los enanos.

### **Sigmar rinde tributo a los Asoborns y a los Taleutens**

(i) Señor de los caballos - Los caballos eran muy valorados por nuestros antepasados, ya que con esos animales pudieron cultivar la tierra, viajar e ir a la guerra. Los Unberogen estaban entre los

domadores de caballos más destacados. Eran gente de vital importancia para las tribus, ya que de su habilidad dependía el sustento de la población.

(ii) Sigmar recibe a un emisario - Los emisarios eran los enviados de los líderes de las tribus para ofrecer alianzas o hacer acuerdos comerciales.

(iii) Hombre arando - La mayor parte de la población en la época de Sigmar trabajaba en el campo. Eran un oficio agotador, que duraba desde el amanecer hasta el crepúsculo.

(iv) Tala de árboles - La madera era esencial para el crecimiento de una tribu. El área de alrededor de un asentamiento a menudo era limpiada de árboles, así la madera podría ser usada construir, de modo que los atacantes pudieran ser vistos desde una buena distancia.

(v) La ejecución - En el día de Sigmar, muchos crímenes eran castigables con la muerte. Entre los Taleutens, la pena por matar a otro hombre era la decapitación. El cuerpo era enterrado y la cabeza colgada de en un árbol, asegurando de esa forma que su alma vagaría siempre en un limbo, incapaz de encontrar el camino al reino de los muertos.

## **Sigmar combate contra**

## **Skaranorak**

(i) Hombre Bestia – Los bosques estaban llenos de oscuras criaturas, pero las continuas incursiones de Sigmar aseguraban que los hombres estuvieran a salvo de su depravación.

(ii) Escudo de berserker - Los escudos usados por los temibles berserkers a menudo estaban formados con un peso en cada punta, de forma que también se pudiera utilizar como arma.

(iii) Gaitero - En la tribu Endal, los muchachos a menudo eran usados para tocar el cuerno durante una batalla. Además andaban con zancos para que fueran visibles fácilmente, y así comunicar información de unos capitanes a otros.

(iv) Crucifixión - Esta terrible forma de ejecución fue particularmente famosa entre los Menogoths y los Merogens. La muerte era lenta y dolorosa, e incluso podría aumentarse dependiendo de la gravedad del delito, pudiendo partir las piernas al condenado, rajarle la cara con ganchos o untarle miel en la cara para atraer a los insectos.

## **La Batalla del Paso del Fuego Negro**

(i) Mastines de guerra - Muchas tribus usaban perros en sus guerras. Estos feroces mastines fueron entrenados para lanzarse a la

garganta de la gente, y a los vientres y piernas de los caballos.

(ii) Goblin – Estas repugnantes criaturas luchan a menudo junto a los orcos, llevando arcos.

(iii) Clarín Cherusen – Los Cherusens fueron aficionados a la música, y sus ejércitos siempre iban acompañados por tambores y clarines.

(iv) Peregrino de Ulric - En el día de Sigmar el Culto de Ulric era la religión más extendida. Las rutas de peregrinación entrecruzaron la tierra y la gente que visitaba los templos a menudo se adornaban con pieles de lobo.

(v) La picota – A menudo, la humillación era usada – y actualmente también – para castigar a la gente por sus crímenes. Los transeúntes se paraban ante ellos, les escupían, les orinaban, e incluso les ponían a su lado animales muertos para hacer más horrible su humillación.

(vi) Flagelantes – Hay que destacar que los fanáticos religiosos – conocidos como flagelantes - no son una plaga únicamente de nuestro tiempo. Los hombres se mutilan y se autocastigan en nombre de su religión. Parece ser que la gente en la época de Sigmar era tan propensa al fanatismo religioso como lo es hoy en día.

(vii) Cortador de cabezas - Estos hombres inspiraban temor a todos aquellos contra los que luchaban.

Después de lanzar horrendos misiles a sus enemigos - formados por cabezas cortadas conservadas en escabeche - se unían a la refriega cuerpo a cuerpo. Muchos hombres abandonarían un ejército si supieran que se iban a enfrentar a cortadores de cabeza en la batalla.

(viii) Sacerdote guerrero - El Culto de Sigmar es la religión más extendida en el Viejo Mundo. Los sacerdotes guerreros son hombres temibles cuya vida está dedicada a la extensión de la palabra de Sigmar, y al poder de sus martillos contra los no creyentes.

(ix) Hombre de la montaña - A causa de la guerra constante y la agitación del tiempo, mucha gente fue perseguida y conducida hacia los sitios más salvajes de la tierra. Allí se volvieron como animales, comiendo lo que podían y aguantando de la mejor manera posible.

(x) Escudo Taleuten - Este escudo es el típico que usaban los Guerreros de la Serpiente. Eran famosos por su poderío e intrepidez en el campo de batalla.

(xi) Cimitarra- Estas son las famosas espadas usadas por los guerreros Taleuten. La curva de la punta del filo les permitían atravesar más fácilmente los escudos y partir los brazos al enemigo.



## **Sigmar combate contra Nagash, el Señor de la No Muerte**

- (i) El sol, las lunas y el cometa - Durante mucho tiempo los hombres han contemplado el firmamento en busca de inspiración y pistas sobre lo que deparará el futuro. En la época de Sigmar, los hombres más sabios podían barruntar el futuro rastreando la trayectoria de las estrellas y relacionándolas con los acontecimientos. Este arte se ha perdido actualmente, pero algunos eruditos aun mantienen la creencia de que los años venideros pueden ser predichos mediante el antiguo arte de mirar las estrellas.
- (ii) Guerrero Unberogen - Feroz luchador de la tribu de Sigmar. Nótese el adorno del lobo en el escudo.
- (iii) No muerto - Los muertos vivientes han frecuentado la tierra durante siglos, y pocas criaturas infunden más miedo a los hombres al mostrarles lo que les ocurrirá al morir.

(iv) El Árbol Marchito de la Esperanza - Se dice que al final de la tierra hay un árbol, que florece cada primavera, dando la vida. Cuando se marchite, el final del mundo mortal estará acabado. Otro cuento dice que Sigmar visitó el árbol, y vio que sus hojas comenzaron a arrugarse y hacerse marrones. Entonces Sigmar prometió regresar al mundo de los mortales cuando fuera necesario.

## **Sigmar deja el Imperio**

- (i) Guerreros combatiendo - La lucha era una faceta muy importante en la era de Sigmar, y todos se entrenaban duramente para poder mantener a salvo su hogar.
- (ii) Jabalí - Un animal predilecto para cazar, por su ferocidad y su temple. Los jabalíes fueron tenidos en alta estima durante los tiempos de Sigmar.

*En 2231, empezaron unas excavaciones en la Königsplatz, en Altdorf, para construir un nuevo santuario dedicado a nuestro dios patrón, Sigmar. Al cavar profundos agujeros para los cimientos, ya que con tales, las construcciones de los hombres aguantan para siempre, descubrieron una antigua cámara funeraria sobre la cual se había construido nuestra gran ciudad. Apiladas alrededor de una tumba, había exquisitas armaduras de bronce, cascos incrustados con joyas y moldeados con la forma de cara de lobo, escudos de madera con refuerzos de hierro, y espadas cortas que aún conservaban el filo.*

*Era un atisbo del misterioso pasado de nuestra raza, cuando los hombres vivían en tribus esparcidas y bestias salvajes paseaban libres por las tierras. Era una época de matanza, oscuridad y miedo. Muchos eruditos han clasificado a los ciudadanos de esta época como bárbaros, apenas mejores que los brutales clanes que habitan las frías llanuras del norte hoy en día.*

*Pero la cámara funeraria reveló que también se trataba de una época en la que los hombres estaban aprendiendo la artesanía y la metalurgia, un tiempo en que los rituales y adoraciones eran tanto una parte de la vida cotidiana como lo son hoy. El descubrimiento nos acercó a nuestros antiguos ancestros, y con ellos trajeron a nuestro dios patrón Sigmar Heldenhammer, pues él vivió entre ellos.*

*Desde el descubrimiento del túmulo funerario ha habido una racha de interés en los círculos académicos sobre la historia de este periodo, que fue hace más de dos mil años, y como resultado, nuevas evidencias han sido descubiertas. Con cada pizca de conocimiento que se recopila, podemos conocer a Sigmar un poco más: lo que vestía, como luchaba, como trataba a su gente. Él fue un hombre antes de convertirse en un dios, por lo que es lógico que debiéramos conocerle como era, antes de unirse al Panteón de los Dioses.*

*Éste volumen no solo recoge algunos de los cuentos de Sigmar, conseguidos de muchas fuentes diferentes, sino que también trae a la vida aquellos oscuros días, cuando el primer resplandor de luz estaba empezando a brillar en el horizonte de la historia de la humanidad.*

*Espero que este volumen haya sido de su agrado.*

*Gilbertus, traductor y escribano de la Biblioteca Imperial de Altdorf.  
Wellentag 23, Sigmarzeit en el año 2528 del Calendario Imperial.*

